biblioteca de patrística

atanasio

LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

editorial ciudad nueva

Atanasio
LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

Atanasio de Alejandría (295-373) puede considerarse como la figura más sobresaliente de la Iglesia durante todo el siglo IV. Su vida fue de una intrepidez y de una coherencia impresionantes, constituyendo un modelo de obispo fundamentalmente válido para todos los tiempos.

La Encarnación del Verbo forma la segunda parte de una obra más amplia que incluye también el tratado *Contra los paganos* (publicado en esta colección con el número 19), y que Atanasio escribió durante su primer destierro en los años 335-337.
Dirigido a un mundo todavía sin evangelizar, el tratado apunta a lo esencial, presentando una exposición orgánica de la fe cristiana, que asume como punto de referencia la manifestación del Verbo en la carne.
El Verbo –dice en síntesis Atanasio– se ha revelado en un cuerpo para restituir al hombre, creado de la nada y formado a imagen de Dios, la incorruptibilidad y el conocimiento del Padre. Es decir, que mediante su cuerpo, el Verbo paga la deuda del hombre pecador y vence la muerte, volviendo a reconquistar el don de la inmortalidad que transmite a todo el género humano.
Se trata de un escrito profundo y vigoroso, que tuvo una gran difusión en la antigüedad y que todavía hoy sigue siendo de gran actualidad.
La presente traducción es la primera que se publica en lengua castellana.

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

6



Atanasio

LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

Introducción de Fernando Guerrero Martínez
Traducción del griego de José C. Fernández Sahelices

Editorial Ciudad Nueva
Madrid-Buenos Aires-Santafé de Bogotá
Montevideo-Santiago

Primera edición: 1989
Segunda edición: 1997

Andrés Tamayo 4 - 28028 Madrid (España)

ISBN: 84-89651-26-4
Depósito Legal: M-24981-1997

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Omnia Industrias Gráficas

INTRODUCCIÓN

I. VIDA Y ÉPOCA DE ATANASIO

Atanasio de Alejandría, llamado también «el grande», es la gran figura de la Iglesia del siglo IV. Por su defensa de la fe de Nicea, en la divinidad del Verbo encarnado, se le ha llamado el «Padre de la ortodoxia» y la «columna de la Iglesia».

Su influencia en la historia de la teología y en la vida de la Iglesia fue decisiva. Constituye el honor más preclaro de la sede patriarcal de Alejandría.

Fue el tipo del verdadero «hombre de Iglesia», sin más intereses que los de Jesucristo y los de su plan de salvación sobre los hombres.

Su vida fue de una intrepidez y de una coherencia impresionantes, constituyendo un modelo de obispo fundamentalmente válido para todos los tiempos. Él supo realizar, como pocos, lo que un escritor moderno ha señalado como característica de los Padres de la Iglesia: «la caridad de la verdad» [1].

Nació en el año 295, en la misma ciudad de Alejandría que iba a ser su sede episcopal. Allí recibió

1. Véase J. GUITTON, *Silencio sobre lo esencial*, Edicep, Valencia 1987, p. 14.

su formación, tanto literaria como filosófica. En su juventud parece ser que tuvo contactos con los monjes de la Tebaida (en Egipto) y con el gran monje Antonio[2], del que se mostró profundamente admirador y amigo. Por su inmensa estima de la vida ascética de los monjes del desierto y por el apoyo y orientación que les prestó con su persona y su pluma, mereció ser llamado «heraldo y teólogo del monacato naciente».

En el año 319, a los 24 años, fue ordenado diácono por su obispo Alejandro a cuyo servicio se entregó. Le acompañó como secretario en el Concilio de Nicea (325)[3].

Este concilio, convocado por el emperador Constantino, se reunió en Nicea, ciudad de Bitinia, próxima al mar Propóntido y Nicomedia, y, por supuesto, cercana a Bizancio, que empezaba a transformarse en la capital del Imperio, y que luego cambió su nombre por el de Constantinopla, en honor del emperador, el cual le dio su esplendor en el marco incomparable de un panorama maravilloso.

El gran tema del concilio fue la afirmación, frente a las sutilezas de la herejía arriana, de la divinidad

2. La *Vita Antonii* escrita por Atanasio es el documento más importante, a juicio de los especialistas, del monaquismo primitivo. Véase *Vida de Antonio,* Biblioteca de Patrística n. 27, Ciudad Nueva, Madrid 1995.

3. El lugar que se había fijado inicialmente para celebrar el concilio era Ancira (hoy Ankara), pero luego se pensó que esta lejana ciudad era de difícil acceso y que su clima, por hallarse situada en las altas mesetas del Asia Menor, era demasiado crudo en primavera.

del Verbo encarnado, Jesucristo, que constituye el fundamento de la fe cristiana.

El «arrianismo» fue, como lo calificó el escritor francés Chateaubriand, el «gran asalto de la inteligencia» a la naciente fe de los cristianos.

Surgió en la misma ciudad en donde se había establecido la Escuela teológica más famosa de la antigüedad cristiana, en Alejandría de Egipto.

No existe acuerdo sobre la fecha exacta, en la fase anterior a Nicea, en la que se inició la disputa arriana.

Parece ser que hacia el año 323, el entonces obispo de Alejandría de nombre Alejandro, amonestó a un presbítero de su Iglesia, llamado Arrio (256-336)[4]. Éste fue discípulo, en Antioquía, de Luciano cuyas enseñanzas estaban influidas de «subordinacionismo»[5].

4. Arrio ha sido descrito por un historiador moderno como teniendo en sí mismo «esa inexplicable mezcla de cualidades y defectos, fundidos en el crisol del orgullo, que siempre se encuentra en los grandes herejes... nada era insignificante en él: ni la inteligencia, ni el carácter, ni la violencia, ni la ambición...».

«Era ciertamente un sabio y estaba dotado para la dialéctica, como sólo podía estarlo un oriental imbuido de espíritu griego; decían que era virtuoso y duro para sí mismo, que se entregaba a penitencias y ascesis; y estaba aureolado de dignidad y santidad» (DANIEL ROPS, *Historia de la Iglesia de Cristo*, vol. II, *Los Apóstoles y los Mártires*, L. Caralt, Madrid, p. 305).

5. Se trata de una corriente herética que niega la igualdad de las tres divinas Personas, y subordina –de ahí su denominación– el Hijo y el Espíritu Santo al Padre, negando, por consecuencia, la divinidad de aquéllos.

Arrio se ordenó de sacerdote hacia el 310, siendo encargado el 313 de la Iglesia de Baucalis, en uno de los barrios de Alejandría, desde donde empezó a difundir sus opiniones teológicas, presentándolas como creencia de la Iglesia. Escribió poco y de sus obras sólo quedan fragmentos. Su doctrina podría resumirse en los siguientes puntos:

La Divinidad no solo es *increada*, sino ingénita (no engendrada).

Luego el Logos –el Hijo de Dios– no podrá ser verdadero Dios. Fue la primera de las creaturas de Dios y, como las demás, fue creado de la nada y no de la sustancia divina. Es un dios de segundo orden. Hubo un tiempo en que no existía. Se le llama Hijo de Dios, no en el sentido metafísico, sino en un sentido moral. Se le atribuye impropiamente el título de Dios, porque el único Dios verdadero le adoptó como hijo, en previsión de sus méritos, pero de ahí no resulta ninguna *participación real* en la Divinidad.

El Logos ocupa un *lugar intermedio* entre Dios y el universo. Dios le creó para que fuera instrumento de la creación. El Espíritu Santo es la primera criatura del Logos. El Logos se hizo carne en el sentido de que cumplió, en Jesucristo, la función del alma.

Esta doctrina, como se ha escrito, era un producto típico del «racionalismo teológico», y presentaba muchos puntos de contacto con las teorías neoplatónicas sobre seres intermediarios entre Dios y el mundo. No era completamente nueva; era la teoría del «subordinacionismo» llevada al extremo.

Atacaba directamente el núcleo esencial del cristianismo, ya que, si el Verbo no era Dios, Jesucristo, el Verbo hecho hombre, era incapaz de redimir al hombre privado de la amistad de Dios a consecuencia del pecado. No habría, por tanto, encarnación de Dios ni redención del hombre.

Alejandro, su obispo, a la vista de la contumacia de Arrio para abandonar sus errores, convocó un sínodo en Alejandría, con la presencia de todos los obispos de Egipto. El sínodo, casi por unanimidad –salvo dos o tres obispos–, excomulgó a Arrio y a sus partidarios.

Arrio, después de algunas semanas en que se resistió inútilmente, huyó de Egipto, tratando de organizar una contestación a escala más amplia. El tema llegó a dividir a la Iglesia oriental, entre obispos partidarios de Alejandro y obispos partidarios de Arrio.

Las disputas llegaron a tal punto que movieron al emperador Constantino a convocar un concilio, aconsejado por Osio, obispo de Córdoba [6] y por otros obispos. Constantino intervino con la mejor voluntad de superar divisiones en el seno de la Iglesia, pero el simplismo de su psicología religiosa no llegó a comprender en su profundidad, el alcance decisivo de la cuestión sometida a debate: *Si Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, es igual al Padre en su divinidad, y, por tanto, Dios como Él.* Era el punto clave de la nueva religión cristiana.

6. Una biografía breve pero bien documentada, es la de HILARIO YABEN, *Osio, obispo de Córdoba*, Labor, 1945.

La convocatoria fue realizada por el propio emperador, invitando a cada uno de los obispos mediante cartas personales llenas de respeto.

La sesión inaugural se celebró el 20 de mayo del 325. El número de obispos asistentes no se conoce exactamente: Eusebio de Cesarea habla de 250 padres, mientras Atanasio calcula unos 318, número que se ha admitido tradicionalmente. La mayor parte eran obispos orientales, varios de los cuales llevaban, en sus propios cuerpos, las señales de los sufrimientos soportados por confesar su fe.

El papa, que era entonces Silvestre (gobernó la Iglesia durante los años 314-337) envió al concilio, como delegados suyos, a los presbíteros Vito y Vicente, al no poder trasladarse a Nicea a causa de su edad avanzada. La presidencia la ocupó Osio, como lo demuestra el hecho de que figura en cabeza de los obispos firmantes de la Actas conciliares, acompañado de los delegados del papa.

Atanasio –como quedó indicado– acompañó como secretario a su obispo Alejandro y aunque por ser sólo diácono no pudo participar oficialmente, tuvo una influencia decisiva en la marcha y en las resoluciones conciliares.

Arrio estuvo presente en Nicea, y desde fuera del concilio, a través de un pequeño grupo de obispos que le apoyaban, trató de defender sus puntos de vista, utilizando un vocabulario intencionalmente equívoco para que cada uno pudiese interpretarlo según sus propias ideas, bajo una aparente aceptación formal.

Pero no le valieron sus estratagemas y fue condenado por el concilio. El nuevo «Símbolo» de la fe –el llamado, posteriormente, «nicenoconstantinopolitano»[7]– aprobado en el concilio, trató de formular el dogma católico sobre la divinidad del Verbo, sin posibles equívocos, ni dobles interpretaciones. Hubo dos expresiones definitivas, recogidas en el Símbolo al respecto: «de la sustancia del Padre» y «engendrado, no hecho, consustancial al Padre», que dejaron plenamente clarificada la fe de la Iglesia, en la divinidad de Jesucristo.

Algunos de los Padres más inteligentes del partido arriano trataron de introducir un cambio insignificante en apariencia; así, en vez del término *homoousios* («consustancial», de la «misma naturaleza»), insertar una iota, con lo que quedaría escrito *homoiousios* (de «sustancia semejante»); de este modo no resultaba explícitamente confesada la «divinidad» del Verbo, pues una cosa es ser «de la misma naturaleza» y otra ser «de naturaleza semejante», es decir *no diferente*.

7. A causa, sobre todo, de una precisión añadida en el I concilio de Constantinopla (381) –II ecuménico– sobre el Espíritu Santo, y otras afirmaciones sobre la Iglesia, el Bautismo, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna, introducidas en dicho concilio. Este Símbolo se introdujo en el uso litúrgico, en la Iglesia oriental, después de los concilios de Éfeso (431) –III ecuménico– y Calcedonia (451) –IV ecuménico–; y en la Iglesia de occidente, a finales del siglo VIII. Cf. *Enchiridion Symbolorum* de H. DENZINGER, 31ª Ed. alemana en su traducción al castellano, Barcelona 1955, Herder, nota 2[4], p. 31, n. 86.

Al afirmar los Padres del concilio que el Hijo es «consustancial» *al Padre*, querían dar a entender que *tenía la misma sustancia del Padre*, y no sólo *específicamente*, sino la misma *numéricamente*. Es decir que tenía la misma naturaleza divina.

Los arrianos comprendieron perfectamente el alcance de la expresión, que cerraba el paso a interpretaciones ambiguas y equívocas, y se negaron tenazmente a aceptarla, bajo diversos pretextos: sobre todo que se trataba de una palabra nueva, que no se empleó nunca en la Sagrada Escritura ni en la tradición de la Iglesia [8].

Pero los Padres conciliares no se dejaron ofuscar por estos especiosos argumentos, que confundían el idéntico contenido doctrinal, expresado por diferentes palabras, y su expresión verbal que puede ser distinta. Así pues el término *homoousios* vino a convertirse en el santo y seña de la ortodoxia católica frente al arrianismo.

Algunos obispos se negaron a suscribir la fórmula de fe de Nicea, pero la mayor parte la suscribió, con lo que, de momento, pareció extinguida la herejía arriana [9].

8. Cf. *Osio, obispo de Córdoba*, cit., pp. 68ss.; I. ORTIZ DE URBINA, «Nicea y Constantinopla» en *Historia de los Concilios Ecuménicos*, Tomo I, Vitoria 1969, pp. 54ss.

9. Parece ser que entre los que se resistieron estuvo Eusebio de Cesarea –el famoso historiador de la Iglesia primitiva–, pero que al fin cedió. Sólo dos obispos europeos: Thomas de Marmarica y Segundo de Ptolemais, en Cirenaica, se negaron a suscribir la fórmula de Nicea y fueron excomulgados, así como el propio Arrio, y desterrados por el emperador. Otros que de momento la suscribieron,

El concilio promulgó veinte cánones disciplinares, que junto con el Símbolo y los anatemas anejos, así como una carta sinodal a la Iglesia de Alejandría, son los únicos documentos que quedan del mismo [10].

El 8 de junio del 328, Atanasio sucedió a su anciano obispo Alejandro, siendo designado por la *vox populi*: tenía sólo 33 años y fue obispo durante 45.

Su episcopado estuvo agobiado de dificultades, que pusieron a prueba la fortaleza de su espíritu indomable y la firmeza de su fe en la divinidad de Jesucristo.

Se coaligaron contra él los cismáticos «melecianos» [11] y los arrianos recalcitrantes. En la corte del emperador, los partidarios de Eusebio de Nicomedia miraban con preocupación y antipatía la fuerza de la ortodoxia del obispo Atanasio.

Los primeros ataques se estrellaron contra la unanimidad del episcopado egipcio en torno a su patriarca y la adhesión del pueblo fiel de Alejandría.

Entonces dirigieron sus tiros contra un adversario más débil, Eustaquio de Antioquía, celoso de-

posteriormente se negaron a suscribir la condena a Arrio y retiraron sus firmas, tales como Eusebio de Nicomedia y Teognis, que fueron también condenados y desterrados.

10. Cf. el *Enchiridion* de DENZINGER, cit., pp. 23ss.

11. Este nombre viene del obispo Melecio de Lycópolis, jefe del episcopado egipcio enfrentado con Pedro de Alejandría por la cuestión de los «lapsi» –es decir, los cristianos apóstatas en tiempo de persecución–, por considerar que la actitud de éste frente a ellos era demasiado benigna. Tiene un fundamento semejante, en cierto sentido, que el cisma africano del «donatismo».

fensor de la fe de Nicea, a quien con falsas acusaciones lograron deponer de su sede.

Eusebio de Nicomedia, al ver robustecida su posición, trató de lograr el regreso de Arrio a Alejandría; pero sus gestiones con Atanasio fracasaron ante la negativa enérgica del patriarca. Entonces se dirigió al emperador Constantino, el cual se manifestó dispuesto a recibirle en audiencia. Arrio se mostró renuente, pero al fin accedió a la invitación epistolar del emperador y se presentó a él, sin entrar en la cuestión de fondo de la «consustancialidad». Constantino se dejó convencer fácilmente y exigió de Atanasio que recibiese a cuantos quisieran volver a la Iglesia. Pero éste se mantuvo firme frente a las exigencias del emperador, manifestando que su deber de obispo le impedía admitir a los herejes en la comunión con la Iglesia.

Pero sus adversarios no cejaron en sus intrigas. El concilio de Tiro, en el año 335, fue para Atanasio una emboscada al presentarse contra él diversos cargos, algunos de ellos infamantes, pero que no pudieron probarse.

A pesar de todo el concilio decidió la deposición de Atanasio, ordenando a todos los obispos, por medio de una carta circular, que rompiesen la comunión con el patriarca.

El recurso de éste ante el emperador fracasó por completo y fue desterrado a Tréveris, aunque Constantino no permitió que se nombrase un nuevo obispo de Alejandría.

Ése fue su primer destierro que duró desde el 11 de julio del año 335 al 22 de noviembre del 337.

Entretanto, Arrio había regresado a Alejandría; pero el emperador, al enterarse de los disturbios provocados con su llegada, le llamó a Constantinopla, dando orden al obispo de esta ciudad, Alejandro, que le admitiese en la comunión de la Iglesia. Pero no pudo realizarse porque Arrio murió repentinamente, cuando entraba en la ciudad.

En el año 337 falleció también el emperador Constantino.

A su muerte el Imperio –según sus deseos– quedó repartido entre sus hijos: a Constantino, las Galias; a Constante, Italia y el Ilírico; a Constancio, el Oriente.

Constancio era arriano decidido; pero no obstante, convinieron los tres hermanos en que volvieran a sus sedes los obispos desterrados. Así, Atanasio regresó del destierro, en el año 337.

Los arrianos, contando con el favor de Constancio, se empeñaron en recobrar las sedes de Constantinopla y de Alejandría: el obispo de Constantinopla, Pablo, fue depuesto en un sínodo celebrado el año 338, cuando apenas acababa de regresar del destierro. El emperador Constancio le volvió a desterrar a Mesopotamia. En su lugar fue nombrado Eusebio de Nicomedia; para deponer a Atanasio, apoyándose en el sínodo de Tiro (335), enviaron legados al papa Julio I y al emperador Constante. Pero Atanasio no se rindió: convocó un sínodo en Alejandría, en donde se renovaron las condenaciones contra los arrianos y envió a Roma las Actas, acompañadas de la información correspondiente. El papa, a la vista de estos informes, convocó un sínodo en Roma para

poner fin a estas luchas. El emperador de Occidente, Constante, le apoyaba.

Los arrianos no se dieron por vencidos. Trataron de proclamar obispo de Alejandría, en sustitución de Atanasio, a Gregorio de Capadocia, con el apoyo incluso militar del emperador Constancio. De nuevo Atanasio, arrojado con violencia de su propio palacio, inició por segunda vez el camino del destierro, dirigiéndose a Roma, el 16 de abril del 339. Allí estuvo hasta el 21 de octubre del año 346.

Durante su estancia en Roma se celebró un sínodo convocado por el papa Julio I, en el año 341. El papa hizo examinar detenidamente la causa de los obispos perseguidos por los arrianos (tales como el propio Atanasio y su amigo Marcelo de Ancira) y, como consecuencia de este examen, se declaró su inocencia.

Los arrianos «contestaron» al papa, convocando otro sínodo, en Antioquía, en el mismo año 341. La mayoría de los obispos orientales no eran arrianos, pero el ambiente de hostilidad que les rodeaba, les hizo ceder y renovar la deposición de Atanasio. En cuanto a lo doctrinal se aprobaron cuatro fórmulas (fórmulas de Antioquía), y aunque en ellas se omitió la expresión *homoousios*, se rechazaron, sin embargo, algunos puntos fundamentales de Arrio.

Entretanto, los estados de Constantino II (las Galias) se incorporaron a los de Constante (Italia y el Ilírico), por haber perecido aquél en guerra con éste.

Constante, dueño del Imperio de Occidente, aconsejado por el papa, por Osio y por Máximo de

Tréveris, escribió a su hermano Constancio proponiéndole la celebración de un nuevo concilio para resolver las cuestiones pendientes. Aceptada la propuesta, se convino en la celebración del concilio en Sárdica, ciudad de la Iliria oriental, entre los límites de ambos imperios. Este concilio, que se inició a fines del año 343, duró hasta la primavera del 344, pero no ha sido considerado nunca como concilio ecuménico, sino particular [12].

No elaboró ninguna definición dogmática, ni consta que hubiese sido aprobado expresamente por el papa. Aparte del escaso número de obispos asistentes (alrededor de 90). Es importante, sin embargo, en la historia de la Iglesia, por los 20 cánones aprobados, regulando las apelaciones al obispo de Roma (aparte de alguna otra cuestión) por parte de las Iglesias particulares, en cuya redacción tuvo parte muy importante, como en Nicea, el obispo de Córdoba, el español Osio [13].

En relación con Atanasio se examinaron, durante las sesiones del concilio, los cargos que se le habían imputado, declarándole inocente, así como a su amigo Marcelo de Ancira.

12. Sólo los concilios ecuménicos –como ya se sabe– tienen potestad universal sobre toda la Iglesia, siempre que se cumplan las condiciones.

13. Véase el texto de los cánones principales de este concilio de Sárdica en la ed. cit. del DENZINGER, pp. 25-26. Las Actas sinodales aparecen recogidas en latín en «Ecclesiae occidentalis. Monumenta iuris antiquissima», C. H. TURNER, Oxford 1899ss. 1, II/III (1930; 456-457); *Sacrorum conciliorum nova collectio*, J. DOMINICUS MANSI (Florencia, París, Leizig) III, 7.

Los Padres del concilio, antes de separarse, dirigieron una carta colectiva al papa Julio para comunicarle las decisiones adoptadas, proclamando la primacía de la sede de Roma sobre toda Iglesia [14].

Una delegación del concilio de Sárdica, compuesta por los obispos Vicente de Capua y Éufrates de Colonia, visitó al emperador Constancio, en Antioquía, para pedirle la vuelta de los obispos desterrados y para obtener de él la prohibición a los funcionarios del Estado de intervenir, por la fuerza, en los asuntos religiosos.

21 El emperador Constante de Occidente les había dado una carta muy enérgica dirigida a su hermano.

Constancio accedió a sus requerimientos y levantó el destierro al propio Atanasio, que regresó a Alejandría de su segundo exilio, el 21 de octubre del 346, después de casi 7 años de exilio. A ello contribuyó también la agitación que había sacudido a Alejandría, en donde el pueblo había dado muerte al obispo intruso, Gregorio. Asimismo regresaron Pablo y Marcelo, a sus respectivas sedes de Constantinopla y Ancira.

Durante 10 años Atanasio disfrutó de una relativa calma, que le permitió llevar a cabo una labor pastoral más continua y una acción de unión entre más de cuatrocientos obispos, fieles a la fe de Nicea, así como dedicarse a escribir obras doctrinales.

14. En carta sinodal, dirigida al papa Julio I, se reconoce la primacía de la sede de san Pedro, como cabeza de la Iglesia. Véase texto: A. FEDER en *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* (Viena, 1866ss.).

Pero sus enemigos no cejaron por completo. Al quedar Constancio como único emperador, por el asesinato de su hermano Constante a manos del usurpador Majencio y por la derrota y suicidio posteriores de éste, los adversarios de Atanasio, conociendo la predisposición desfavorable hacia él del emperador, volvieron a intrigar, y sugirieron a Constancio que el obispo de Alejandría le estaba difamando como hereje y excomulgado.

La reacción del emperador fue fulminante. Se dirigió al nuevo papa Liberio pidiéndole la deposición de Atanasio.

El papa propuso la celebración de un sínodo con objeto de superar definitivamente desavenencias. Pero la celebración de dos sínodos –uno en Arlés (353) y otro en Milán (355)– por las coacciones de Constancio y por el fanatismo de sus consejeros eclesiásticos, Ursacio y Palente, no impidió la condenación de Atanasio.

El 9 de febrero del año 356, Atanasio tuvo que huir de Alejandría burlando la vigilancia de las tropas que iban a ejercer violencia contra él, y huyó al desierto, en donde permaneció seis años junto a los monjes que tanto amaba. Fue su tercer destierro[15]. Es

15. No podemos ahora entrar en la cuestión discutida y no suficientemente aclarada entre los historiadores de la Iglesia, sobre la posible claudicación del papa Liberio durante su destierro en Bera de Tracia, en el supuesto de que llegase a aceptar la llamada «segunda formula de Sirmio» de sentido rígidamente arriano. Véase sobre este punto cualquier texto documentado de historia de la Iglesia: *Nueva Historia de la Iglesia*, I, Cristiandad, Madrid 1964, pp. 296-298.

probable que durante este periodo escribiese su célebre biografía *Vita Antonii*, hacia el año 357 [16].

En estos años de destierro escribió también las obras: *Apología al emperador Constancio*, *Apología por su huida*, *Carta a los monjes* e *Historia de los Arrianos*.

A la muerte de Constancio, ocurrida en el año 361, la situación empezó a cambiar rápidamente.

El nuevo emperador Juliano –llamado el «Apóstata» por su su intento de resucitar los cultos y las costumbres paganas– al principio hizo regresar a sus sedes a los obispos católicos desterrados por Constancio.

Así Atanasio regresó a Alejandría el 21 de febrero del año 362. Pero, de nuevo, volvió a salir para el exilio, el 24 de octubre de ese mismo año. Pudo, sin embargo, convocar un concilio particular en Alejandría –«el concilio de los Confesores»–, en donde volvió a triunfar la fe de Nicea, y todos los obispos presentes proclamaron la igualdad del Hijo y del Padre.

En este sínodo se puso de relieve el espíritu conciliador de Atanasio, pues ofreció la paz a sus antiguos adversarios, y aunque de momento no se consiguió plenamente recorrer el camino hasta la unidad en la profesión de la fe en la divinidad del Verbo, quedaba aquél definitivamente abierto y perfectamente formulada la verdad dogmática.

16. Véase sobre este punto y sobre las relaciones de Atanasio con los monjes del desierto egipcio, la documentada obra *El monacato primitivo* de GARCÍA M. COLOMBAS, O.S.B., en dos vols., BAC, Madrid 1974, I, pp. 50ss.

La postura conciliadora de Atanasio se puso de manifiesto, también, antes de la celebración del sínodo de Alejandría, en su *Carta sobre los sínodos de Rímini, en Italia y de Seleucia, en Isauria*, celebrados en el año 359, y fechada en el mismo año, en donde rechaza la fórmula «homeana», como no compatible con la fe cristiana, pero, en cambio, va más al fondo del contenido, en relación con los «homoiusianos» o «homeousianos», tales como Basilio de Ancira, que a las fórmulas empleadas; y aunque considera que existen fuertes razones para afirmar que el término *homoousios* (consustancial) –utilizado por el credo de Nicea– es mejor que el *homoiousios* (semejante en esencia), admite que esta expresión puede tener una interpretación ortodoxa [17].

Un conocido historiador de la Iglesia –el jesuita alemán L. Hertling– considera que no es correcto juzgar como «semiarrianos» a todos los que rechazan la expresión *homoousios*, pues muchos de ellos estando de acuerdo con el contenido, preconizaban el *homoiousios* por el bien de la paz, y, como reconoció el propio Atanasio, podía tener una interpretación correcta de acuerdo con la fe de Nicea. Pero tampoco puede negarse que podía ser esta última una expresión equívoca y ambigua, aceptable por los propios arrianos. Esta fue la razón por la que

17. Se trataría de la 3ª fórmula del sínodo de Sirmio (358), patrocinada por Basilio de Ancira con la ayuda de Eustacio de Sebaste; y también de la 4ª, del año 359. Véase el texto original de la *Carta* en PG 26, 681-784, y un resumen en castellano en la *Patrología* de J. QUASTEN, BAC, Madrid 1962, Vol. II, pp. 64-65.

los Padres de Nicea y posteriormente el propio Atanasio hicieron del *homoousios* la prueba auténtica de la fe ortodoxa, como expresión inequívoca, que no admite interpretaciones dudosas y menos contrarias a la divinidad del Verbo [18].

La historia de la Iglesia ha demostrado la clarividencia sobrenatural de los Padres de Nicea y del propio Atanasio en su defensa de este término, ya que por más que sólo le diferenciase del término utilizado por sus adversarios la ausencia de una «iota», no era una cuestión meramente semántica, ni mucho menos baladí, sino que detrás estaba en discusión el núcleo esencial de la fe cristiana: *La divinidad del Verbo y, por tanto, la Encarnación del Hijo de Dios, y, en último término, la Redención del hombre, es decir la restauración de la imagen divina, destruida por el pecado, y su deificación como hijo de Dios, por adopción.*

Esta fue la misión providencial de Atanasio, en el siglo IV, frente a la crisis arriana.

Tuvo, todavía, que sufrir un quinto destierro. Joviniano, sucesor de Juliano el Apóstata, proclamado emperador por las legiones de Iberia, fue cristiano y restableció la paz religiosa. Atanasio regresó a Alejandría el 5 de septiembre del año 363, después

18. Hemos de reconocer, sin embargo, que la traducción al latín del término *ousía* se prestó a ciertos equívocos que podían favorecer una interpretación sabeliana de la expresión, al confundir la identidad de esencia con la unidad de personas; pero que la evolución teológica posterior logró definitivamente aclarar en el dogma trinitario y en la formulación de la cristología.

de la muerte de Juliano ocurrida por herida de flecha, en su campaña contra los persas, el 27 de junio de ese mismo año.

A la muerte de Joviniano, que murió camino de Roma, fue proclamado emperador, por el ejército de Nicea, Valentiniano, que asoció al Imperio a su hermano Valente, quien se inclinó por el arrianismo de los homeanos, y gobernó el Oriente.

Valente volvió a desterrar a Atanasio, el 5 de octubre del 365, pero lo hizo regresar el 31 de enero del año siguiente. Los últimos años de su vida, hasta su muerte el 2 de mayo del 373, a los 78 años, fueron pacíficos, y su vida acabó cargada de gloria, cuando ya otra generación había tomado la iniciativa en defensa de la verdadera fe [19].

Atanasio nos dirige un mensaje sublime a los hombres de finales del siglo XX: «Ser fuertes en la fe y coherentes en la práctica de la vida cristiana, incluso a costa de graves sacrificios» [20].

II. OBRA LITERARIA

Su producción literaria es amplísima. La mayor parte de sus escritos tiene relación con la defensa de

19. Nos hemos alargado en el desarrollo de la biografía de Atanasio, por considerarla indispensable para comprender el alcance y significación de la obra que presentamos.

20. Véase la homilia de Pablo VI, el 6 de mayo de 1973, en el XVI centenario de la muerte de Atanasio el grande, en *Pablo VI, enseñanzas al Pueblo de Dios*, 1973, Libreria Editrice Vaticana, pp. 277-281.

la fe católica, especialmente con la divinidad del Verbo, proclamada en Nicea.

Sus obras se distinguen por sus conocimientos de la Sagrada Escritura, por su capacidad dialéctica y, sobre todo, por la firmeza de sus convicciones y por su fortaleza inquebrantable en defenderlas sin miedo a las consecuencias.

Su estilo es claro, sencillo y, al mismo tiempo, profundo. No es un teólogo académico, ni un retórico de la teología. Es un obispo de la Iglesia católica que expone y defiende las verdades fundamentales de la fe; no sólo para los doctos, sino también para el pueblo fiel encomendado a sus cuidados pastorales.

Se le ha reprochado cierta falta de orden y de sistema y, en general, cierto descuido en su forma literaria que contrasta con la exquisitez y perfección de estilo de otros Padres de la Iglesia, tales como Gregorio Nacianceno y Jerónimo.

Pertenece a la célebre Escuela de Alejandría, y, en este sentido, es discípulo del gran Orígenes, aunque no directamente sino a través de Dionisio, Teognosto y Alejandro.

Sus escritos más importantes pueden ser clasificados con arreglo a los siguientes criterios:

1. *Escritos apologéticos y dogmáticos*

Entre estos merecen citarse:

– *Oratio contra gentes* y *Oratio de incarnatione Verbi.* En realidad se trata de dos partes de una

misma obra, por lo que Jerónimo las titula *Adversum gentes duo libri*[21]. La segunda parte es objeto de esta edición y sobre ella nos extenderemos posteriormente.

– *Orationes contra Arianos*. Se trata de tres libros y constituyen la obra dogmática más importante de Atanasio.

2. *Escritos histórico-polémicos*

– *Apología contra los arrianos*. Fue escrita hacia el año 357, después de haber regresado de su segundo destierro.

– *Apología al emperador Constancio*. Escrita cuidadosamente, en lenguaje valiente y digno.

– *Apología por su huida*.

– *Historia de los arrianos*.

3. *Escritos exegéticos*

– *Epístola a Marcelino sobre la interpretación de los salmos*. Se trata del contenido, carácter mesiánico y uso piadoso de los salmos.

– *Comentarios sobre los salmos*. Sólo quedan fragmentos.

– *Comentarios sobre el Eclesiastés y sobre el Cantar de los Cantares*. Sólo quedan fragmentos.

21. *De viris illustribus*, 87.

– *Comentario sobre el Génesis*. Sólo quedan fragmentos.

4. *Escritos ascéticos*

– *Vida de Antonio*. Escrita en el año 357, constituye el documento más importante del monaquismo primitivo.

– *Sobre enfermedad y salud*. Sólo se conservan fragmentos.

5. *Cartas*

– *Cartas festales*. Sólo se conservan unos fragmentos del texto original griego; en cambio se conservan en siríaco trece cartas íntegras escritas entre los años 329-348.

– *Tomus ad Antiochenos*. Escrita después del Sínodo alejandrino del año 362.

– *Epistula ad Afros episcopos*. Escrita en nombre de 90 obispos de Egipto y Libia, reunidos en el sínodo de Alejandría del año 369; dirigida a la jerarquía del África occidental.

– *Epistula ad episcopos encyclica*. Escrita hacia el año 339.

– *Epistula encyclica ad episcopos Aegypti et Libiae*. Escrita después de su expulsión de Alejandría, el 9 de febrero del año 356.

– *Epistulae IV ad Serapionem*. Escritas el año 359 o principios del 360, tratan sobre el Espíritu Santo.

– *Epistula ad Epictetum episcopum Corinthi.* Trata de la relación entre el Cristo histórico y el Hijo eterno.

– *Epistula de decretis Nicaenae synodi.* Es una defensa de la definición de Nicea, escrita hacia los años 350-351.

– *Epistula ad monachos.* Escrita para prevenir a los monjes solitarios contra las visitas de personas influidas por la herejía arriana.

– *Epistula ad Dracontium.* Escrita hacia el año 354-355 para convencer a un abad de que no rechazara el episcopado [22].

III. *LA ENCARNACIÓN DEL VERBO*

1. *Fecha de composición*

El primer problema que plantea esta obra, que se traduce y edita por primera vez en lengua castellana, es el de la fecha de su redacción.

Hay quien sostiene que fue escrita –junto al *Oratio contra gentes* que viene a ser como la primera parte– durante su primer destierro en Tréveris, hacia los años 335-336. Pero otros, basándose en el hecho de que no se menciona para nada la contro-

22. Para una bibliografía completa y crítica de Atanasio y sus ediciones en diversas lenguas, consultar la *Patrología* de J. QUASTEN, cit., Vol. II, pp. 25ss., en la que nos hemos apoyado para esta enunciación de sus principales escritos.

versia arriana, sitúan la fecha de su composición hacia el 318[23].

Un estudioso que ha profundizado el tema, el teólogo italiano Enzo Bellini, basándose en un cotejo con el texto de las *Cartas festales*, y también de las relaciones entre el teólogo e historiador Eusebio de Cesarea con el propio Atanasio, ha llegado a la conclusión de que la «terminología cristológica» del libro sobre *La Encarnación del Verbo* coincide con el de las cartas escritas durante el primer destierro (335-337); al mismo tiempo que la investigación sobre las relaciones entre aquéllos pone de relieve que la obra de Atanasio se hallla escrita en tácita polémica con Eusebio para presentar la concepción exacta del cristianismo frente al «arrianismo moderado» de éste, que no ponía el acento en la «centralidad» de la divinidad y encarnación del Verbo, en la religión cristiana.

La falta de aspectos polémicos explícitos contra el arrianismo, podría explicarse bien por razones de prudencia para no irritar al emperador Constantino, que le habría desterrado, ni a sus enemigos, que de momento habían obtenido victoria contra él; o bien para hacer lo más objetiva posible la exposición orgánica de la doctrina de la Encarnación.

Por todas esas razones Bellini considera como fecha probable de redacción de este libro, la de su primer exilio en Tréveris (335-336)[24].

23. Cf. J. QUASTEN, *op. cit.*, Vol. II, p. 28.

24. Cf. E. BELLINI, *L'Incarnazione del Verbo*, «Introduzione», Cittá Nuova, Roma 1993³, pp. 9ss.

Hasta hace poco tiempo –apenas unas décadas– se desconocía la existencia de un segundo texto más breve del *De incarnatione*. J. Lebon llamó la atención de los estudiosos sobre ello; pero fue R. P. Casey quien estudió su texto, que se conserva en cuatro manuscritos, y llegó a la conclusión de que al no darse alteraciones dogmáticas importantes en los textos auténticos de ambas redacciones, sólo quedaba atribuirle la redacción breve al propio Atanasio o a persona íntimamente vinculada a él. E. Schwartz es de la misma opinión[25].

No puede ponerse en duda, por tanto, a pesar de la opinión contraria de Draeseke, que se trata de una obra de Atanasio[26].

2. *Contenido*

El libro va dirigido a un «querido amigo amante de Cristo», pero lo más probable es que se trate de un personaje figurado.

En realidad los destinatarios –como afirma Bellini– son los «creyentes» y los «no creyentes» o, en la terminología del tiempo, «los nuestros» y los «extraños», o sea, los «cristianos» y los «judíos y paganos».

El escrito va, por tanto, orientado hacia el mundo que debe ser evangelizado.

25. Cf. J. QUASTEN, *op. cit.*, pp. 27-28.
26. Cf. E. BELLINI, *op. cit.*, p. 12.

De ahí que se limite a los conceptos esenciales, expuestos y enunciados reiteradamente: es, en cierto sentido, una proclamación de la «Buena Nueva», del Evangelio de Jesucristo.

Los estudiosos han considerado la doctrina expuesta en esta obra como algo arcaica, pues aunque enumera con claridad sus proposiciones, no aborda a fondo los problemas subyacentes.

Este reproche, que tiene base objetiva, no implica, por parte del autor, incapacidad para abordar problemas especulativos ni cuestiones disputadas, ya que en otros libros suyos pone de manifiesto su conocimiento de la Biblia y su profundidad de penetración en el misterio cristiano. La explicación de la postura adoptada en esta obra puede encontrarse en su finalidad evangelizadora, que trata de ceñirse a lo esencial de la fe cristiana de forma clara, atractiva y persuasiva, con cierta preocupación pedagógica de insistir en las ideas principales expuestas. Adopta, en este sentido un cierto estilo catequético.

No se trata de repeticiones puras y simples, sino más bien de volver a los mismos temas ya expuestos, para ilustrarlos desde aspectos nuevos, teniendo en cuenta a los destinatarios del libro.

Así, por ejemplo, en los primeros números (2-16) hace una substanciosa exposición del misterio de la Encarnación, situando esta manifestación visible del Verbo con un cuerpo humano en la perspectiva de la historia de la salvación.

Pero esta manifestación plantea problemas difíciles: ¿Cómo se ha servido el Verbo del cuerpo para realizar su obra? Atanasio responde a estas cuestio-

nes en los nn. 17-32: el cuerpo de Cristo es real y humano y el Verbo se ha servido de él para revelar su divinidad, realizando milagros para liberar al hombre de la muerte con su propia muerte y para restituirle la incorruptibilidad por medio de su resurrección.

A continuación la línea argumental se dirige a los judíos y paganos (nn. 33-55) con un lenguaje más oratorio y descriptivo, tratando de responder a sus objeciones. Trata de demostrar a los judíos que la encarnación del Verbo es conforme a las profecías, así como su concepción virginal, su pasión y resurrección; y a los paganos les hace ver que todas esas realidades no son contrarias a lo que la especulación filosófica ha escrito y manifestado sobre la Razón divina presente en el mundo y que la superación del paganismo por la nueva religión, así como la santidad de la vida crsitiana (especialmente, el martirio y la virginidad) constituyen el testimonio de que un suceso único ha ocurrido en el mundo.

Sus últimas palabras, como conclusión del libro, constituyen un apremiante llamamiento al estudio de la Sagrada Escritura y a la práctica de una vida recta, con un alma pura y virtuosa, como Cristo, a fin de que caminando según la virtud el entendimiento «pueda alcanzar y comprender lo que desea, en la medida en que la naturaleza humana puede comprender al Verbo de Dios», y termina con la alabanza a la Santísima Trinidad (nn. 56-57).

La idea fundamental que emerge de su exposición es que el Verbo se hizo hombre para que nosotros pudiéramos hacernos Dios.

Se ha puesto de relieve que en la cristología de Atanasio no hay referencia explícita al alma humana de Jesucristo, aunque nunca la niega explícitamente como Arrrio y desde otro punto de vista opuesto como Apolinar. Atanasio destaca el «Logos» y la «Σὰρξ» (ὁ Λόγος σὰρξ ἐγένετο: Jn 1, 14), pero no penetra en el lazo de unión entre el Logos y la carne[27].

Se hace notar, también, que aunque no excluye la soteriología de la pasión, muerte y resurrección[28] (misterio pascual), pone su acento en el valor salvífico del hecho mismo de la encarnación del Verbo, siguiendo a Ireneo y a Orígenes. Pero esta acentuación «encarnacional» tiene su explicación lógica dentro del contexto de la controversia arriana, ya que si el Verbo no era Dios, y, por tanto, su encarnación no significó realmente que el Hijo Único de Dios se hiciese hombre, entonces la pasión y la resurrección perderían todo su valor salvífico. La «encarnación del Verbo» es el fundamento radical del valor soteriológico de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo[29], ya que si el Verbo no hubiese sido Dios y no se hubiese encarnado no habría restaurado en nosotros la imagen de Dios[30].

27. Sobre la cristología de Atanasio cf. J. QUASTEN, *op. cit.*, p. 76. Por otra parte, en el *De incarnatione*, II, 8, se hace un reconocimiento explícito de la unidad de la persona de Cristo, y, por tanto, de la maternidad divina de María.

28. Cf. *De incarnatione*, V y VI, en donde expone el valor salvífico de la muerte y resurección de Jesucristo.

29. M. GONZÁLEZ GIL, *Cristo el misterio de Dios*, BAC, Madrid 1976, p. 87.

30 Este estudio constituye el primer intento de exposición orgá-

3. *Texto*

La obra tuvo una gran difusión en la antigüedad, como lo testimonian los 39 manuscritos griegos conservados y las diversas traducciones en lenguas orientales.

En la edad moderna se han realizado diversas ediciones y ha sido una de las primeras obras de los Padres editadas por la colección «Sources Chrétiennes» (n. 18, París 1946, preparada por Th. Camelot).

La primera edición del texto griego data de los años 1600-1601, en Heidelberg, por G. Commelinus; posteriormente fue editada por los Maurinos, a cargo de J. Loppin y B. de Montfaucon (París 1698).

La edición de Heidelberg se basó en el códice de Basilea (B), teniendo en cuenta el códice «Genevensis»; el «Globerianus», el «Anglicanus» y el «Marcianus».

Los Maurinos, por el contrario, utilizaron el códice «Scguerianus» (S. Parisinus Coislin, 45 del siglo XII), que sirvió de base para futuras ediciones.

nica de la fe cristiana, partiendo de la manifestación visible del Verbo, en carne humana, que no sólo es el Maestro sino también, el sujeto central del cristianismo. En realidad Atanasio fue la «voz auténtica» de la Iglesia que en el siglo IV contribuyó decisivamente a un avance de la formulación del dogma trinitario, defendiendo no sólo la divinidad del Verbo, igual al Padre, frente a los arrianos, sino también la divinidad del Espíritu Santo, persona divina, como el Padre y el Hijo, como insiste en sus *Cartas a Serapión*. Véase J. QUASTEN, *cit.*, pp, 59ss.

Esta edición de los Maurinos, corregida y completada, se incluyó en la «Opera Omnia», publicada por N. A. Giustiniani (Padova 1777), y en la «Patrologiae. Cursus completus» del Migne (París 1857). Archibald Robertson, tomando como base la edición de los Maurinos, preparó una edición, en 1882, y posteriormente, con mejoras, otra en 1893.

En nuestro siglo, el descubrimiento de J. Lebon, en 1925, de una versión siríaca y de un manuscrito griego que contenían un texto diferente del conocido hasta entonces, vino a complicar las cosas. En 1926 K. Lake y R. P. Casey encontraron un tercer texto, y en 1935 H. G. Opitz, un cuarto. Estos nuevos textos son más breves –unas 500 palabras menos– y difieren de los antiguos en 30 puntos, aunque no en cuestiones esenciales. Esta versión reducida se denomina «breve», mientras que la otra se llama «extensa», y es la que nos ha servido fundamentalmente de base para la presente edición.

Las últimas ediciones críticas (Thomson, Oxford 1971; y Kannengiesser, París 1973), aun dando primacía al texto extenso, recogen con aparato diferente las variantes de la recensión breve.

* * *

Nota: En la traducción al castellano se ha seguido fundamentalmente el texto de Thomson (ATHANASIUS, *Contra gentes and De incarnatione*, edited and translated by R. W. THOMSON, Oxford at the Clarendon Press, 1971), aunque se han tenido también en cuenta las ediciones de KANNENGIESSER y CAMELOT (Sources chrétiennes, nn. 199 y 18 respectivamente) y la edición italiana de E. BELLINI (Testi patristici, n. 2, Città Nuova, Roma 1976).

Atanasio

LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

INTRODUCCIÓN: UNIDAD DE LA OBRA DE DIOS

1. En la parte precedente, hemos discutido suficientemente algunas argumentaciones de entre otras muchas: el error de los gentiles sobre los ídolos y su culto supersticioso, cómo se originó en un principio este error y que fue la malicia de los hombres la que les hizo imaginar la idolatría. Además, con la gracia de Dios, hemos dado algunas indicaciones sobre la divinidad del Verbo del Padre, sobre su providencia y su poder universales: que el buen Padre ordena el universo por medio de él y que el universo es movido por él y en él recibe la vida [1].

Por consiguiente, pues, bienaventurado y verdadero amigo de Cristo, por la fe de la piedad, expongamos con todo detalle lo referente a la encarnación del Verbo y mostremos su divina manifestación a nosotros, que los judíos calumnian y de la que los griegos se burlan [2], pero que nosotros adoramos; así la aparente humillación del Verbo te proporcionará una mayor y más fuerte piedad hacia él. Pues cuanto más es objeto de burla entre los no creyentes,

1. Cf. Hch 17, 28. Con estas palabras Atanasio se refiere al *Contra los paganos* y resume su contenido.
2. Cf. 1 Co 1, 22.

tanto mayor es la prueba que nos proporciona de su divinidad, puesto que lo que los hombres no pueden comprender por juzgarlo imposible, él nos lo presenta como posible[3], y aquello de lo que se burlan los hombres como inconveniente, esto mismo, él, por su bondad, nos lo presenta como conveniente, y aquello de lo que los hombres se ríen al explicarlo como algo humano, por su fuerza él nos lo muestra como divino[4]. Con su aparente degradación en la cruz él destruye la ilusión de los ídolos y persuade invisiblemente a los burladores e incrédulos a reconocer su divinidad y su poder.

Para la explicación de estas materias, es necesario recordar lo dicho anteriormente, a fin de que puedas reconocer la causa de la aparición en un cuerpo del Verbo del Padre, tan grande y tan poderoso, y no consideres que el Salvador se revistió de un cuerpo como consecuencia de su naturaleza, sino que siendo incorpóreo y Verbo por naturaleza, por el amor a los hombres y por la benignidad y la bondad de su propio Padre, se nos ha presentado en un cuerpo humano para nuestra salvación[5]. Es conveniente, pues, que al hacer la exposición de todo esto, hablemos en primer lugar de la creación del

3. Cf. Mt 19, 26.

4. El texto se refiere fundamentalmente a la definición del Evangelio dado por Pablo en 1 Co 1, 17-25. También para Atanasio Dios se revela en la humildad de la carne de Cristo, porque los hombres no han llegado a conocerlo con su sabiduría.

5. La «benignidad y bondad» del Padre indican el motivo de la encarnación, mientras que «nuestra salvación» es la finalidad.

universo y de su creador, Dios, para que de este modo se pueda observar adecuadamente que la renovación de la creación[6] fue realizada por el Verbo, que la había creado en un principio. Pues no aparecerá en absoluto como contradictorio si el Padre operó su salvación a través del mismo por quién la creó.

6. La obra redentora de Cristo concebida como una renovación (*anakainisis*), en el sentido fuerte de nueva creación, es un tema querido para Atanasio. El autor se sirve de él para demostrar la divinidad de Cristo y la continuidad entre la creación y la redención. Si Cristo realizó una nueva creación, como la creación es obra exclusiva de Dios, Cristo tiene que ser Dios. Por otra parte, esta obra de Cristo es una renovación de lo que ya existe y no se efectúa sobre una realidad ajena a él, sino sobre el hombre y el mundo que Dios creo al principio mediante el mismo Verbo que después, al encarnarse, la renovó.

I

ANTECEDENTES DE LA ENCARNACIÓN: CREACIÓN Y CAÍDA DEL HOMBRE

2. La creación del mundo y la formación del universo ha sido entendida por muchos de manera diferente y cada cual la ha definido según su propio parecer. En efecto, unos dicen que el universo llegó al ser espontáneamente y por azar, como los epicúreos, quienes cuentan en sus teorías que no existe providencia en el mundo y hablan en contra de los fenómenos evidentes de la experiencia. Pues si, como ellos dicen, todo se originó espontáneamente y sin providencia, sería necesario que todo hubiera nacido simple, semejante y no diferente. Como en un solo cuerpo sería necesario que todo fuera sol y luna, y en los hombres sería necesario que todo fuera mano, ojo o pie. Pero no es así: vemos por un lado el sol, por otro la luna, por otro la tierra; y por lo que se refiere al cuerpo humano, una cosa es el pie, otra la mano, otra la cabeza. Tal orden nos indica que ellos no surgieron espontáneamente, sino que nos señala que una causa precedió a su creación, a partir de la cual es posible pensar que fue Dios quien ordenó y creó el universo.

Otros, entre los que se encuentra el que es tan grande entre los griegos, Platón, pretenden que

Dios creó el mundo a partir de una materia preexistente e increada, y que Dios no habría podido crear nada si esta materia no hubiera preexistido, de la misma manera que la madera debe existir antes que el carpintero para que éste pueda trabajar. Los que hablan así no saben que atribuyen a Dios la impotencia. Pues si él mismo no es causante de la materia, sino que simplemente hace las cosas a partir de una materia preexistente, se revela impotente, puesto que sin esta materia no puede producir ninguno de los seres creados, del mismo modo, sin duda, que es una impotencia para el carpintero no poder fabricar sin madera ninguno de los objetos necesarios. En esta hipótesis, si la materia no existiera, Dios no habría creado nada. Y, ¿cómo se podría decir que es el creador y el hacedor, si toma de otra cosa, quiero decir de la materia, la posibilidad de crear? Si fuera así, Dios sería, según ellos, solamente un artesano y no el creador que da el ser, si trabaja la materia preexistente, sin ser él mismo causante de esta materia. En una palabra, no se puede decir que es creador, si no crea la materia de la cual vienen las criaturas.

Los heréticos imaginan un creador del universo distinto del Padre de nuestro Señor Jesucristo y, al decir esto, dan prueba de una extrema ceguera. Pues cuando el Señor dice a los judíos: *¿No habéis leído que el creador desde el principio los hizo varón y hembra?*, y añade: *Por esto el hombre abandonará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne*, y, cuando a continuación se refiere al creador, diciendo: *Lo que Dios ha unido*

que no lo separe el hombre [7], ¿cómo suponer una creación extraña al Padre? Si, según Juan, que encierra todo en una sola palabra: *Todo ha sido hecho por él y sin él nada ha sido hecho* [8], ¿cómo podría existir un creador distinto del Padre de Cristo?

3. He aquí sus fábulas; pero la enseñanza inspirada por Dios y la fe en Cristo rechazan como una impiedad sus vanos discursos. No es espontáneamente, a causa de la ausencia de providencia, como han nacido los seres, ni a partir de una materia preexistente, a causa de la impotencia de Dios, sino que, a partir de la nada, Dios, mediante su Verbo, ha creado y traído al ser todo el universo, que antes no existía en absoluto. Como dice por medio de Moisés: *En un principio creó Dios el cielo y la tierra* [9], y en el muy útil libro del Pastor [10]: «Ante todo, cree que no hay más que un solo Dios, que ha creado y organizado el universo, y que ha hecho ser lo que no era» [11]. Es lo que Pablo indica cuando dice: *Por la fe conocemos que los mundos han sido formados por la palabra de Dios, de suerte que lo que vemos no ha sido hecho a partir de cosas visibles* [12].

7. Mt 19, 4-6.
8. Jn 1, 3.
9. Gn 1, 1.
10. Atanasio considera *El Pastor* de HERMAS como un libro no canónico (*Decretos del Sínodo de Nicea*, 18), pero lo recomienda, junto con otros libros considerados por él como no canónicos (*Sabiduría, Eclesiástico, Ester, Judit y Didaché*) como de lectura útil para los que deseen instruirse (*Carta Festal 39*, del año 367).
11. HERMAS, *El Pastor*, precepto 1, 1.
12. Hb 11, 3.

Dios es bueno, o mejor aún, es la fuente de toda bondad, y lo que es bueno no sabría tener envidia por nada; por tanto, no envidiando la existencia de ninguna cosa, creó todos los seres de la nada mediante nuestro Señor Jesucristo, su propio Verbo. Entre estos seres, de todos los que existían sobre la tierra, tuvo especial piedad del género humano, y viéndolo incapaz, según la ley de su propia naturaleza, de subsistir siempre, le concedió una gracia añadida: no se contentó con crear a los hombres, como había hecho con todos los animales irracionales que hay sobre la tierra, sino que los creó a su imagen, haciéndolos partícipes del poder de su propio Verbo. Así, como si tuvieran una sombra del Verbo, y convertidos ellos mismos en racionales, los hombres podrían permanecer en la felicidad, viviendo en el paraíso la verdadera vida, que es realmente la de los santos[13]. Sabiendo además que la voluntad libre del hombre podría inclinarse en uno u otro sentido, les tomó la delantera y fortaleció la gracia que les había dado, con la imposición de una ley y un lugar determinado. Los introdujo, en efecto, en el paraíso y les dio una ley, de modo que si ellos guardaban la gracia y permanecían en la virtud, ten-

13. Los santos son los ángeles (cf. *Contra los paganos* 2, donde los «santos» son contrapuestos a los hombres). Esta denominación se refiere a la tradición griega de los *Setenta* y a algunos pasajes del Nuevo Testamento que indican precisamente los ángeles con esta palabra (Sal 88 [89], 6; Za 14, 5; 1 Ts 3, 13; 2 Ts 1, 10). Atanasio usa la palabra con este significado incluso en la *Vida de Antonio* 35, donde dice que el monje está llamado a participar en la vida de los «santos».

drían en el paraíso una vida sin tristeza, dolor ni preocupación, además de la promesa de inmortalidad en los cielos. Pero si transgredían esta ley y, dándole la espalda, se convertían a la maldad, que supieran que les esperaba la corrupción [14] de la muerte, según su naturaleza, y que no vivirían ya en el paraíso, sino que en el futuro morirían fuera de él y permanecerían en la muere y en la corrupción. Es lo que la divina Escritura pronostica, hablando por boca de Dios: *Comerás de todo árbol que hay en el paraíso, pero no comáis del árbol del conocimiento del bien y del mal; el día en que comáis de él, moriréis de muerte* [15]. Este *moriréis de muerte* no quiere decir solamente moriréis, sino permaneceréis en la corrupción de la muerte [16].

4. Tal vez te admires de por qué, pretendiendo de algún modo hablar de la encarnación del Verbo, relatamos ahora el principio de la humanidad. Pero éste no es ajeno al fin de nuestra exposición. Pues es necesario que, al hablar de la manifestación del Salvador a nosotros, hablemos también acerca del inicio de la humanidad, para que sepas que nuestra

14. Aparecen aquí por primera vez dos términos muy usados en esta obra: incorruptibilidad (*aphtharsia*) y corrupción (*phthorà*), que indican respectivamente el permanecer para siempre en la vida y la disposición continua a la disolución, a la corrupción.

15. Gn 2, 16-17.

16. Atanasio distingue la muerte pura y simple (la muerte natural, por así decirlo) de la muerte que conlleva la pérdida de la incorruptibilidad. El hombre está sujeto a la primera por ser criatura; a la segunda por haber desobedecido a Dios.

culpa fue la razón de su venida y que nuestra transgresión convocó la benevolencia del Verbo, de manera que el Señor vino a nosotros y se apareció entre los hombres. Pues nosotros fuimos la causa de su encarnación y por nuestra salvación tuvo compasión de nacer y aparecer en un cuerpo humano. De este modo, pues, Dios creó al hombre y quiso que permaneciera en incorruptibilidad; pero los hombres, despreciando y dando la espalda al plan de la divinidad, maquinaron y planearon para sí la maldad, como se dijo en la primera parte [17] y recibieron por ello el castigo de la muerte, con el que ya habían sido amenazados anteriormente. Y no permanecieron como habían nacido, sino que, como maquinaron, fueron destruidos. Y la muerte les gobierna y les domina. La transgresión del mandato les devolvió a su naturaleza y, de la misma manera que habían pasado de la nada al ser, era razonable que sufrieran con el tiempo la corrupción consecuente a su no existencia [18]. Pues si, teniendo entonces como naturaleza la no existencia, fueron llamados al ser por la presencia y la benevolencia del Verbo, a esto habría de seguir que, vaciados los hombres de la comprensión de Dios y vueltos hacia las cosas que no existen (ya que lo que no existe es el mal, lo que existe es el bien, puesto que nació de Dios existente), quedaran vacíos también de la existencia eterna.

17. Cf. *Contra los paganos*, 3.

18. El hombre por naturaleza tiende a la nada, pero Dios le ha dado la posibilidad de seguir viviendo al haberle creado a su imagen.

Pero esto significa que, después de la destrucción, permanecen en la muerte y en la corrupción. Pues el hombre es, por naturaleza, mortal, puesto que nació de la nada. Pero, gracias a su semejanza con el que existe, si la hubiera mantenido en la contemplación de Dios hubiera evitado su corrupción natural y hubiera permanecido incorruptible; como dice el libro de la Sabiduría: *La salvaguardia de la ley es seguro de incorruptibilidad*[19]. Y, siendo incorruptible, viviría en adelante como Dios, como también señala en algún lugar la divina Escritura, cuando dice: *Yo dije que vosotros sois dioses y todos hijos del Altísimo, pero vosotros moriréis como hombres y caeréis como uno de los príncipes*[20].

5. Dios no sólo nos creó de la nada sino que también nos garantizó una vida divina por la gracia del Verbo. Pero los hombres, dando la espalda a los asuntos eternos y volviéndose, por consejo del diablo, hacia las cosas corruptibles, se hicieron culpables de su corrupción en la muerte, al ser, como dije anteriormente, corruptibles por naturaleza, aunque habrían escapado de las consecuencias de su naturaleza, gracias a la participación del Verbo, si hubieran permanecido virtuosos. Pues, gracias a la presencia del Verbo en ellos, ni siquiera la corrupción propia de la naturaleza les hubiera alcanzado, como dice el libro de la Sabiduría: *Dios creó al hombre*

19. Sb 6, 18.
20. Sal 81 (82), 6-7.

para la incorruptibilidad y a imagen de su propia eternidad; pero por envidia del diablo entró la muerte en el mundo[21]. Una vez sucedido esto, los hombres morían y, en consecuencia, la corrupción se apoderaba de ellos y tenía más fuerza que la naturaleza en todo el género humano, tanto más cuanto que hacía valer contra ellos la amenaza de Dios concerniente a la transgresión de la ley. Además los hombres, en sus faltas, no se habían mantenido dentro de sus propios límites, sino que, poco a poco, habían llegado a estar fuera de toda medida. Al principio habían descubierto la maldad y se habían acarreado la muerte y la corrupción; pero más tarde, llegando a la iniquidad y sobrepasando toda transgresión, no se contentaron con un solo vicio, sino que idearon nuevas maldades y llegaron a ser insaciables en el pecado. Había por todas partes adulterios y robos, la tierra toda estaba llena de crímenes y rapiñas. No existía preocupación por la ley, sino destrucción e iniquidad. Cada crimen, individual o colectivamente, era cometido por todos. Las ciudades guerreaban con las ciudades, los pueblos disputaban con los pueblos. Todo el mundo habitado se desgarraba en revoluciones y guerras y cada cual disputaba en contravenir la ley. Ni siquiera los actos contra natura estaban alejados de ellos, sino que, como dijo el apóstol, testigo de Cristo: *Sus mujeres cambiaron la relación natural por la que es contraria a la naturaleza; del mismo modo, también*

21. Sb 2, 23-24.

los hombres, abandonando la relación natural con la mujer, ardían en deseos los unos hacia los otros, cometiendo vergüenza hombres con hombres y recogieron en sí mismos el pago que les merecía su error[22].

6. Por estas razones cobraba la muerte más fortaleza, la corrupción se asentaba entre los hombres y la estirpe humana era destruida; el hombre, que había nacido racional y a imagen de Dios, se borraba y la obra creada por Dios estaba pereciendo. Pues la muerte, como dije anteriormente, prevalecía por ley entre nosotros y no era posible escapar a la ley, ya que había sido establecida por Dios a causa de la transgresión. Y esto que sucedía era al mismo tiempo absurdo e impropio. Pues absurdo era que Dios mintiera cuando hablaba, de manera que, si había establecido por ley que el hombre, si contravenía el mandado, muriera de muerte, tras la transgresión no muriera, sino que su palabra resultara vana. Y no sería veraz Dios, si, tras haber comunicado que nosotros moriríamos, el hombre no muriera. Y era por otra parte impropio que pereciera y retornara de nuevo a la no existencia, a causa de la corrupción, lo que en una ocasión había sido creado racional y participante de su propio Verbo. No era digno de la bondad de Dios que se destruyera, por culpa del engaño producido por el diablo en los hombres, lo que había sido creado por él. Además,

22. Rm 1, 26-27.

lo más impropio de todo era que desapareciera la obra de Dios en los hombres, bien por la negligencia de ellos, bien por el engaño de los demonios.

Destruidas, pues, las criaturas racionales y arruinadas tales obras, ¿qué debía hacer Dios, que es bueno? ¿Dejar que la corrupción prevaleciera sobre ellos y que la muerte los dominara? Pero, ¿qué necesidad habría habido de que ellos nacieran desde un principio? Pues sería preferible que no hubieran sido creados a ser olvidados y perecer, una vez creados. Pues por su despreocupación se conoce la debilidad y no la bondad de Dios, si, después de creada, permite que se destruya su propia obra, más que si no hubiera creado en el principio al hombre. Pues si no lo hubiera creado, nadie habría pensado en la debilidad, pero habiéndolo creado y traído a la existencia, sería lo más absurdo que su obra pereciera, especialmente a la vista del que la creó. Por consiguiente, no debía permitir que los hombres fueran llevados a la corrupción, porque no era esto ni conveniente ni digno de la bondad de Dios.

7. Pero así como debía suceder esto, por otra parte también se oponía a lo que es razonable para Dios, es decir que él aparezca como veraz en su legislación sobre la muerte. Pues sería absurdo que, por nuestro beneficio y permanencia, Dios, el Padre de la verdad, apareciera como un mentiroso. ¿Qué tenía que ocurrir entonces respecto a este tema, o qué debía hacer Dios? ¿Pedir arrepentimiento a los hombres con respecto a la transgresión? Se podría decir que esto es digno de Dios, afirmando que así

como de la transgresión llegaron a la corrupción, así también del arrepentimiento llegarían de nuevo a la incorruptibilidad. Pero el arrepentimiento no salvaguardaba el honor de Dios, ya que permanecería como no veraz, al continuar los hombres dominados por la muerte, y el arrepentimiento no exime de las consecuencias de la naturaleza, sino solamente libra del pecado. Por tanto, si solamente existiera pecado y no su consecuencia de corrupción, el arrepentimiento estaría muy bien. Pero si, una vez que ha intervenido la transgresión, los hombres estuvieran prisioneros en su natural corrupción y hubieran sido privados de la gracia de ser a su imagen, ¿qué otra cosa tendría que suceder? ¿De quién había necesidad para tal gracia y reconversión, sino de la palabra de Dios, que en el principio había creado el universo de la nada? Pues era propio de él no sólo devolver de nuevo lo destructible a la indestructibilidad, sino también salvar lo que por encima de todo era conveniente para el Padre[23]. Puesto que es el Verbo del Padre y está por encima de todos, consecuentemente solo él era capaz de recrear el universo y sólo él era apropiado para padecer por todos y ser mensajero de todos ante el Padre.

23. El hombre caído puede arrepentirse de su desobediencia, pero no puede librarse de la corruptibilidad que deriva de la desobediencia. Esto lo puede hacer sólo el Verbo con una intervención comparable a la creación.

II
LA VICTORIA SOBRE LA MUERTE

8. Por esta razón el incorpóreo e incorruptible e inmaterial Verbo de Dios aparece en nuestra tierra; no es que antes hubiera estado alejado[24], pues ninguna parte de la creación estaba vacía de él, ya que él llena todos los seres operando en todos en unión con su Padre. Pero en su benevolencia hacia nosotros condescendió en venir y hacerse manifiesto. Pues vio el género racional destruido y que la muerte reinaba entre ellos con su corrupción; y vio también que la amenaza de la transgresión hacía prevalecer la corrupción sobre nosotros y que era absurdo abrogar la ley antes de cumplirla; y vio también qué impropio era lo que había ocurrido, porque lo que él mismo había creado, era lo que perecía; y vio también la excesiva maldad de los hombres, porque ellos poco a poco la habían acrecentado contra sí hasta hacerla intolerable; y vio también la dependencia de todos los hombres ante la muerte, se compadeció de nuestra raza y lamentó nuestra debilidad y, sometiéndose a nuestra corrupción, no toleró el dominio de la muerte, sino que, para que lo creado no se des-

24. Clara referencia a Hch 17, 27.

truyera ni la obra del Padre entre los hombres resultara en vano, tomó para sí un cuerpo y éste no diferente del nuestro. Pues no quiso simplemente estar en un cuerpo, ni quiso solamente aparecer[25], pues si hubiera querido solamente aparecer, habría podido realizar su divina manifestación por medio de algún otro ser más poderoso. Pero tomó nuestro cuerpo, y no simplemente esto, sino que lo tomó de una virgen pura e inmaculada que no conocía varón: un cuerpo puro y verdaderamente no contaminado por la relación con los hombres. En efecto, aunque es poderoso y el creador del universo, prepara en la Virgen para sí el cuerpo como un templo y lo hace apropiado como un instrumento en el que sea conocido y habite. Y así, tomando un cuerpo semejante a los nuestros, puesto que todos estamos sujetos a la corrupción de la muerte, lo entregó por todos a la muerte, lo ofreció al Padre, y lo hizo de una manera benevolente, para que muriendo todos en él[26] se aboliera la ley humana que hace referencia a la corrupción (porque se centraría su poder en el cuerpo del Señor y ya no tendría lugar en el cuerpo semejante de los hombres), para que, como los hombres habían vuelto de nuevo a la corrupción, él los retornara a la incorruptibilidad y pudiera darles vida en vez de muerte, por la apropiación de su cuerpo, haciendo

25. Se refiere al «docetismo», herejía bastante difundida todavía en el siglo cuarto, sobre todo en ambientes helenistas. El mismo Atanasio tendrá que intervenir en los últimos años de su vida con la *Carta a Epicteto* obispo de Corinto.

26. Cf. Rm 6, 8.

desaparecer la muerte de ellos, como una caña en el fuego, por la gracia de la resurrección.

9. Convenciéndose, pues, el Verbo de que la corrupción de los hombres no se suprimiría de otra manera que con una muerte universal, y dado que no era posible que el Verbo muriera, siendo inmortal e Hijo del Padre, tomó por esta razón para sí un cuerpo que pudiera morir, para que éste, participando del Verbo que está sobre todos, llegara a ser apropiado para morir por todos y permaneciera incorruptible gracias a que el Verbo lo habitaba, y así se apartase la corrupción de todos los hombres por la gracia de la resurrección. En consecuencia, como ofrenda y sacrificio libre de toda impureza, condujo a la muerte el cuerpo que había tomado para sí, e inmediatamente desapareció de todos los semejantes la muerte por la ofrenda de uno semejante. Puesto que el Verbo de Dios está sobre todos, consecuentemente, ofreciendo su propio templo y el instrumento corporal como sustituto por todos, pagaba la deuda con su muerte; y como el incorruptible Hijo de Dios estaba unido a todos los hombres a través de un cuerpo semejante a los de todos, revistió en consecuencia a todos los hombres de incorruptibilidad por la promesa referente a su resurrección.

Y la propia corrupción en la muerte que afecta a los hombres ya no ocupa lugar, porque el Verbo habita en ellos a través de un solo cuerpo [27]. Y como

27. El cuerpo de Cristo como cuerpo individual es su propio

cuando un gran rey llega a una gran ciudad, y habita una sola de sus casas, enteramente la tal ciudad se hace digna de gran honor y ya ningún enemigo o ladrón la asalta para saquearla, sino que es considerada digna de todo respeto, porque el rey habita en una sola de sus casas, así también sucedió con el Rey de todas las cosas[28], ya que habiendo llegado a nuestra tierra y habitando un solo cuerpo semejante al nuestro, cesó consecuentemente toda la preocupación en los hombres con respecto a los enemigos y la corrupción de la muerte desapareció, cuando antes tenía tanta fuerza entre ellos. La estirpe de los hombres habría sido destruida, si el Señor de todo y Salvador, el Hijo de Dios, no se hubiera presentado para poner fin a la muerte.

10. En verdad, era especialmente conveniente a la bondad de Dios esta gran obra. Pues si un rey ha construido una casa o una ciudad y los ladrones la atacan por la negligencia de sus habitantes, él no la abandona en absoluto, sino que como obra propia la defiende y la salva, no preocupándose de la negligencia de sus habitantes, sino de su propio honor. Con mucha más razón Dios, el Verbo del Padre absolutamente bueno, no descuidó la estirpe de los hombres que él había creado y que se encaminaba a la corrupción, sino que con la ofrenda de su propio cuerpo borró la muerte que les había afectado y co-

cuerpo, pero representa a todo el género humano: con su muerte paga la deuda de todos y su incorruptibilidad se trasmite a todos.

28. Expresión usada también en *Contra los paganos*, 9.

rrigió su negligencia con su enseñanza y reformó toda la condición humana con su poder.

Pueden ratificar esto también los teólogos[29] que hablan del propio Salvador, si se leen sus escritos donde dicen: *Pues el amor de Cristo nos fuerza, cuando juzgamos esto, a pensar que si uno murió por todos, entonces todos murieron; y murió por todos, para que nosotros ya no vivamos por nosotros mismos, sino por él, que murió y resucitó por nosotros*[30] de entre los muertos, nuestro Señor Jesucristo. Y de nuevo: *Vemos al que fue hecho un poco inferior a los ángeles, Jesús, coronado de honor y gloria por la pasión de su muerte, para que, por la gracia de Dios, degustara la muerte por todos*[31]. Y señala además la razón por la que era necesario que el propio Dios, el Verbo, y no otro se encarnase, al decir: *Pues era conveniente que aquel por quien y de quien son todas las cosas, tras haber conducido a muchos hijos a la gloria, llevase a la perfección al caudillo de la salvación por medio de padecimientos*[32]. Al decir esto señala que no era obra de otro librar a los hombres de la corrupción presente, sino de Dios, el Verbo, que los había creado en un principio. Y que, como ofrenda del sacrificio por los cuerpos semejantes al suyo, el propio Verbo tomó para sí un cuerpo, también nos lo señalan cuando dicen: *En efecto, puesto que los*

29. El término, referido en su significado general a los que hablan de Dios, lo atribuye Atanasio unas veces a los profetas y a los apóstoles y otras a los maestros de la escuela de Alejandría.

30. 2 Co 5, 14-15.

31. Hb 2, 9.

32. Hb 2, 10.

hijos participan de la sangre y de la carne, también él participó de ellas, para a través de la muerte poder destruir al que posee el poder de la muerte, esto es, el diablo, y liberar a aquellos que por miedo a la muerte estaban condenados a la esclavitud para toda la vida[33]. Pues con el sacrificio del propio cuerpo puso también fin a la ley que pesa sobre nosotros y nos renovó el principio de vida, dándonos la esperanza de la resurrección. Puesto que la muerte dominó sobre los hombres a causa de los hombres, por esto, de nuevo gracias a la encarnación del Dios Verbo, se produjo la destrucción de la muerte y la resurrección de la vida, como dice el portador de Cristo: *Puesto que la muerte vino a través del hombre, a través del hombre vino la resurrección de los muertos. Pues de la misma manera que todos mueren en Adán, así también en Cristo todos recuperarán la vida*[34] y lo que sigue a esto. Pues ahora ya no morimos como unos condenados, sino que, como si esperáramos despertarnos, aguardamos la universal resurrección de todos, que *en su propio tiempo nos revelará*[35] el Dios que también la produjo y nos la garantizó. Ésta es la causa primera de la encarnación del Salvador. Pero se podría también reconocer que su bondadosa presencia entre nosotros se produjo justificadamente por lo siguiente.

33. Hb 2, 14-15.
34. 1 Co 15, 21-22.
35. 1 Tm 6, 15; Tt 1, 3.

III
LA RESTAURACIÓN DE LA SEMEJANZA A LA IMAGEN DE DIOS

11. Dios, que posee el dominio sobre todas las cosas, cuando creó la estirpe de los hombres a través de su propio Verbo, observó la debilidad de su naturaleza, que no era capaz de conocer por sí misma a su creador ni de hacerse en absoluto una idea de Dios. De hecho Dios es increado, mientras que las cosas han sido creadas de la nada, y es incorpóreo, mientras que los hambres han sido modelados aquí abajo en un cuerpo; así pues vio que era total el abandono de las criaturas hacia la comprensión y el conocimiento del hacedor. Se compadeció de nuevo del género humano, porque era bueno, y no los dejó vacíos de su conocimiento, para que no tuvieran una existencia inútil. Pues, ¿qué provecho habría para las criaturas, si ellas no conocían a su propio creador? ¿Cómo serían racionales, si no conocían al Verbo del Padre, en el que además habían nacido? Pues nada podría distinguirlos de los animales irracionales, si no conocían nada más que las cosas terrenales. Y además, ¿por qué Dios los había creado, si no quería ser reconocido por ellos? De ahí que, para que no ocurriera esto, como era bueno, los hizo partícipes de su propia imagen,

nuestro Señor Jesucristo, y los creó a su imagen y semejanza. De modo que, comprendiendo la imagen a través de una gracia tal (me refiero al Verbo del Padre), fueran capaces de hacerse una idea, a través de él, del Padre y, conociendo a su creador, vivieran una vida realmente feliz y bienaventurada.

Pero los hombres, de nuevo enloquecidos, despreciando también la gracia de esta manera concedida, se alejaron tanto de Dios y enturbiaron tanto su propia alma que no sólo perdieron el concepto de Dios, sino que además se forjaron otros en su lugar. Y así fabricaron ídolos para sí en lugar de la verdad y en lugar del Dios existente honraron a cosas que no existen, *adorando la creación en lugar de a su creador*[36], y lo que es peor, transfirieron a la madera y a las piedras y a la materia toda y a los hombres la honra de Dios. E hicieron incluso cosas mayores que éstas, como se ha dicho más arriba[37]. Llegaron a tal extremo de impiedad que incluso rindieron culto a los demonios y los llamaron dioses, cumpliendo sus deseos. Realizaban, para satisfacción de aquéllos, sacrificios de animales irracionales e inmolación de hombres, como se ha dicho antes, atándose cada vez más a las rabiosas picaduras de aquéllos. Por esto, aprendían ritos mágicos de ellos y las adivinaciones cautivaban en cada lugar a los hombres y todos transferían las causas de su origen y de su propio ser a los astros y a todos los cuerpos

36. Rm 1, 25.
37. Cf. *Contra los paganos*, 8-9.

celestes, no apercibiéndose nada más que de las apariencias. Y todo estaba enteramente mezclado de impiedad y de vicio y sólo Dios y su Verbo eran desconocidos, aunque él no se ocultaba invisiblemente de los hombres, ni les daba un conocimiento único de sí mismo, sino que variadamente y de muchas maneras se lo presentaba.

12. Era suficiente la gracia de existir a su imagen y semejanza para conocer al Dios Verbo y a través de él al Padre. Pero conocedor Dios de la flaqueza de los hombres previó también su negligencia, de manera que en caso de que no se preocuparan de reconocer a Dios por sí mismos, pudieran conocer al creador a través de las obras de la creación. Puesto que la negligencia de los hombres desciende poco a poco hasta lo peor, previó de nuevo Dios tal flaqueza y les envió la ley y los profetas conocidos por ellos, para que, si renunciaban a mirar al cielo y a conocer al creador, pudieran aprender de las cosas de su entorno[38]. Pues los hombres pueden aprender más directamente de otros hombres acerca de las cosas más importantes. Era, por tanto, posible que ellos, levantando los ojos hacia la inmensidad del cielo y descubriendo la armonía de la creación, conocieran a su creador, el Verbo del Padre, quien por su providencia hacia el universo hace conocer a todos al Padre y por esta razón mueve el universo,

38. Se indican claramente tres caminos para conocer a Dios: el alma, el mundo y la revelación de la ley y los profetas.

para que por medio de él todos conozcan a Dios. O si esto les era penoso, podrían encontrar incluso a los santos [39] y a través de ellos conocer al creador del universo, Dios, el Padre de Cristo, y aprender que la adoración de los ídolos es ateísmo y está llena de toda impiedad. Sería posible además que ellos, una vez conocida la ley, cesaran en toda ilegalidad y vivieran una vida en consonancia con la virtud. Pues la ley no era sólo para los judíos ni fueron enviados los profetas para ellos solamente (aunque fueron enviados a los judíos y fueron perseguidos por éstos), sino que también fueron –para toda la tierra habitada– una sagrada enseñanza de conocimiento de Dios y de educación del alma. Aun siendo tan grande la bondad y la benevolencia de Dios, sin embargo los hombres, vencidos por los placeres del momento y por las ilusiones y engaños de los demonios, no dirigían su vista hacia la verdad, sino que se saciaban con mayores males y pecados, de tal manera que ya no parecían seres racionales, sino que, por su manera de comportarse, eran considerados irracionales.

13. Dado que los hombres se comportaban de una manera tan irracional y que el error demoníaco arrojaba por todas partes su sombra y ocultaba el conocimiento del verdadero Dios, ¿qué debía hacer Dios?; ¿callar ante cosas tales y abandonar a los hombres, para que fueran engañados por los demo-

39. O sea los profetas.

nios y no conocieran a Dios? Pero entonces, ¿qué necesidad habría habido de que el hombre naciera desde un principio a imagen de Dios? O bien debía haber nacido simplemente como un ser irracional, o una vez nacido racional, no vivir la vida de los seres irracionales. ¿Qué necesidad había en absoluto de que él alcanzara el conocimiento de Dios desde un principio? Pues si ahora no es digno de alcanzarlo, no era preciso que se le hubiera dado en el principio. ¿Qué ventaja además tendrá el Dios creador, o qué honor, si los hombres, que llegaron al ser por él, no lo honran, sino que consideran que fueron creados por otros? Pues entonces parecería que Dios los había creado para otros y no para sí mismo.

Por otro lado, un rey, que es un hombre, no permite que las plazas construidas por él se entreguen y sean dominadas por otros ni que escapen de su poder, antes bien, se lo recuerda con cartas y en muchas ocasiones les envía mensajes incluso a través de amigos. Y si surgiera alguna necesidad, él mismo se presenta, ganándoles por consiguiente con su presencia, exclusivamente para que no se entreguen a otros y su obra no llegue a ser vana[40]. ¿No se preocupará mucho más Dios de sus criaturas, para que no se aparten de él y se entreguen a los que no existen? Y dado, sobre todo, que tal alejamiento llega a ser para ellas causa de corrupción y de desaparición, no sería conveniente que quienes participaron en una ocasión de la imagen de Dios perezcan. ¿Qué

40. Clara reminiscencia de Mt 21, 33-41.

debía hacer Dios? O, ¿qué debía suceder, excepto renovar otra vez el ser a su imagen, para que de nuevo a través de él pudieran conocerlo los hombres? Y, ¿cómo habría podido suceder esto, si no se hubiera presentado la propia imagen de Dios, Jesucristo Salvador nuestro? Pues a través de los hombres no era posible, dado que también ellos mismos habían nacido a su imagen. Ni tampoco a través de los ángeles, pues ellos ni siquiera eran imágenes. Por lo cual el Verbo de Dios se presentó en su propia persona, para que la imagen del Padre pudiera recrear al hombre que existe a su imagen. Por otro lado además, esto no podría haber sucedido, si no se hubieran hecho desaparecer la muerte y la corrupción. Por lo que, consecuentemente, tomó un cuerpo mortal, para que pudiera destruir en él la muerte y los hombres fueran renovados otra vez en la imagen. Y para esto, ciertamente, no era necesaria más que la imagen del Padre.

14. Cuando una figura ha sido grabada en la madera y se ha borrado por la suciedad del exterior, es necesario que se presente de nuevo aquel de quien era la figura, para que la imagen pueda ser renovada en el mismo material; gracias al retrato de aquél, tampoco el propio material en el que ha sido grabado se desecha, sino que el retrato se rehace en él. Así también el santísimo Hijo del Padre, que es imagen del Padre, se presentó en nuestros lugares, para renovar al hombre que había sido creado a su imagen y, como estuviera perdido, reencontrarlo por la remisión de los pecados. Como dice también

él mismo en los Evangelios: *He venido a encontrar y salvar lo que estaba perdido*[41]. Por lo que además dijo a los judíos: *Si no se nace de nuevo*[42], no refiriéndose al nacimiento de mujeres, como sospechan aquéllos, sino indicando el alma regenerada y reconstruida en el ser de su imagen.

Puesto que la locura de la idolatría y la impiedad dominaban la tierra y el conocimiento de Dios estaba oculto, ¿a quién correspondía educar al mundo acerca del Padre?; ¿se podría decir que al hombre? Pero no era capacidad de los hombres atravesar toda la tierra, ni tenían fuerzas por naturaleza para recorrer tanto espacio, ni podían llegar a inspirar confianza respecto a esto, ni eran capaces de contraponerse ellos mismos al engaño y a la fantasía de los demonios. Una vez confundidos todos en su alma y perturbados por el engaño demoníaco y la vacuidad de los ídolos, ¿cómo serían capaces de convertir el alma del hombre y la mente de los hombres, cuando no podrían ni siquiera verlos? Lo que alguien no ve, ¿cómo puede convertirlo? Quizá podría afirmarse que con la creación basta. Pero si la creación fuese suficiente, no habrían sucedido tales desgracias. Ahora la creación existía y los hombres no estaban menos confundidos en el mismo error acerca de Dios. ¿De quien había entonces necesidad, sino del Dios Verbo que ve el alma y la mente, que mueve además a todos los seres de la creación y que

41. Lc 19, 10; cf. Lc 15, 3-6.
42. Jn 3, 5.

a través de ellos hace conocer al Padre? Puesto que es él quien instruye acerca del Padre a través de su propia providencia y de la ordenación del universo, a él también le corresponde renovar la propia enseñanza. ¿Cómo sucedería entonces esto? Quizá podría decirse que era posible a través de los mismos medios, de modo que, de nuevo a través de las obras de la creación, mostrara las que se refieren a sí mismo. Pero esto no significaba una seguridad. No, en absoluto. Pues los hombres habían descuidado esto antes, y ya no tenían sus ojos dirigidos hacia arriba, sino hacia abajo. Por lo que, consecuentemente, queriendo ayudar a los hombres, vino como un hombre, tomando un cuerpo semejante al de ellos y de origen humilde [quiero decir a través de las obras del cuerpo]*, para que los que no quisieron reconocerle a partir de su providencia y su gobierno sobre el universo, pudieran conocer al Verbo de Dios que estaba en el cuerpo, a partir de las obras hechas a través del propio cuerpo, y a través de él, al Padre.

15. Como un buen maestro que se preocupa de sus discípulos, educa a los que no son capaces de aprovecharse de las cosas más avanzadas, descendiendo siempre a las más accesibles, así también el Verbo de Dios, como dice Pablo: *Puesto que en la sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios a*

* Las palabras entre corchetes muy probablemente son una explicación incluida después en el texto por error.

través de la sabiduría, le pareció oportuno a Dios salvar a los creyentes a través de la locura de la predicación[43]. Los hombres volvieron la espalda a la contemplación de Dios y, como hundidos en un abismo, tenían sus ojos dirigidos hacia abajo, buscaban a Dios en la creación y en las cosas sensibles, colocando a hombres mortales y a demonios como dioses para sí. A causa de esto, el benevolente y común Salvador de todos, el Verbo de Dios, tomó para sí un cuerpo, vivió como un hombre entre los hombres y sometió los sentidos de todos los hombres, para que los que piensan que Dios está en las cosas corporales, comprendan la verdad mediante las obras que el Señor realiza a través de las acciones de su cuerpo, y a través del él tomen conocimiento del Padre. Puesto que eran hombres y pensaban todo en términos humanos, a cualquier parte que dirigieran sus sentidos, veían un universo comprensible y aprendían la verdad en todas partes. Pues si se quedaban estupefactos ante la creación, la veían mostrando a Cristo como Señor; si su pensamiento era atraído hacia los hombres, de modo que consideraban a éstos como dioses, sin embargo, a partir de las obras del Salvador, comparándolas con las de ellos, aparecía entre los hombres sólo el Salvador como Hijo de Dios, porque no había entre ellos obras como las que realizó el Verbo Dios. Y si además fueran arrastrados hacia los demonios, al ver que ellos eran perseguidos por el Señor, conocí-

43. 1 Co 1, 21.

an que sólo éste era el Verbo de Dios, y que no eran dioses los demonios. Y si su pensamiento se fijaba entonces en los muertos, de manera que rendían culto a los héroes y a los que son llamados por los poetas dioses, sin embargo, al ver la resurrección del Salvador, confesaban que aquéllos eran falsos y que sólo el Señor era el verdadero Hijo de Dios, que dominaba incluso a los muertos. Por esta razón nació y apareció como un hombre, y murió y resucitó, debilitando y ensombreciendo por medio de sus propias obras las de todos los hombres, para, a cualquier parte que los hombres fuesen atraídos, sacarlos de allí y enseñarles a su verdadero Padre, tal como él mismo dice: *He venido a salvar y encontrar lo que estaba perdido*[44].

16. Toda vez que en un determinado momento el pensamiento de los hombres descendió hacia lo sensible, el Verbo decidió aparecer a través de un cuerpo, para atraer a los hombres hacia sí como hombre e inclinar hacia sí sus sentidos, y, en consecuencia, viéndolo aquéllos como un hombre, persuadirles a través de las obras que realiza, de que él no sólo es un hombre, sino también Dios y el Verbo y Sabiduría del verdadero Dios. También Pablo nos quiere señalar esto, cuando dice: *Enraizados y asentados en el amor para que seáis capaces de comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad y de co-*

44. Lc 19, 10.

nocer el amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento, para que os llenéis completamente de toda la plenitud de Dios[45]. Pues el Verbo se despliega en todas partes, arriba y abajo, en la profundidad y en la superficie; arriba, en la creación; abajo, en la encarnación; en la profundidad, en el infierno; en la superficie, en el mundo. Todo está lleno del conocimiento de Dios; por esta razón no realizó, inmediatamente después de su venida el sacrificio por todos entregando su cuerpo a la muerte, y haciéndolo resucitar para hacerse por ello invisible, sino que se hizo visible a través de éste, permaneciendo en él y realizando tales obras y dando tales señales que lo hacían conocer ya no como hombre, sino como el propio Dios Verbo. Pues de dos maneras nuestro Salvador tuvo compasión a través de su encarnación: consiguió por una parte que desapareciera de nosotros la muerte y quedáramos renovados, y por otra que, aun siendo invisible e indiscernible, se revelara por sus obras y se conociera que él era el Hijo de Dios y Verbo del Padre, el guía y rey del universo.

45. Ef 3, 17-19.

IV
LA REVELACIÓN DE LA DIVINIDAD DEL VERBO MEDIANTE LOS MILAGROS

17. Él no estaba encerrado en el cuerpo, ni estaba en el cuerpo sin estar en otra parte. Ni él movía a aquél, mientras el universo estaba vacío de su energía y providencia. Pero lo más maravilloso es que, siendo el Verbo, no era contenido por nada, antes bien, él mismo contenía todas las cosas. Y como está en toda la creación, está en esencia fuera del universo, pero está en todos los seres con su poder; ordena todo y extiende su providencia hacia todo y en todo el universo, dando vida igualmente a todos y cada uno de los seres; contiene el universo y no es contenido, pero solamente en su Padre él está completo en todos los aspectos. De la misma manera también, al estar en el cuerpo humano y darle vida, daba vida igualmente a todas las cosas y a la vez nacía en todos y estaba fuera de todos. Y aunque se hizo conocer a través del cuerpo gracias a sus obras, no era invisible tampoco por su acción en el universo.

La misión del alma es, en efecto, contemplar con sus razonamientos el exterior del propio cuerpo, pero no actuar fuera del propio cuerpo ni mover con su presencia las cosas que están lejos de

éste. Nunca, ciertamente, un hombre cuando considera cosas que están lejos, las mueve ni las traslada. Tampoco, si alguien se sienta en su propia casa y considera los cuerpos celestes, mueve al instante el sol y hace girar el cielo, sino que ve que se mueven y que existen, pero él mismo es incapaz de actuar sobre ellos. No era así, en cambio, el Verbo de Dios en el hombre, ya que no estaba atado al cuerpo, sino más bien lo dominaba, de tal manera que estaba en él y en cada ser y estaba fuera de la creación y sólo en el Padre reposaba. Y esto era lo maravilloso, que a la vez vivía como un hombre y daba vida como Verbo al universo y como Hijo estaba con el Padre. Por esta razón, no sufrió al darle a luz la Virgen, ni fue contaminado cuando estaba en el cuerpo, sino que él santificó el cuerpo. Ni cuando estaba en todas las cosas, participaba de todas ellas, sino que más bien cada una recibía la vida y era alimentada por él. Pues si el sol, que fue creado por él y que nosotros vemos girar en el cielo, no resulta contaminado por los cuerpos de la tierra ni desaparece bajo la oscuridad, sino que más bien los ilumina y purifica, con mucha mayor razón el santísimo Verbo de Dios, que es el creador y Señor del sol, no era contaminado al ser conocido en su cuerpo, antes bien, al ser incorruptible, daba vida y purificaba su cuerpo mortal. Pues dice la Escritura: *Él no pecó, ni se encontró engaño en su boca*[46].

46. 1 P 2, 22; cf. Is 53, 9.

18. Por consiguiente, cuando los teólogos que hablan sobre él, dicen que comía y bebía y fue engendrado, date cuenta que el cuerpo, como cuerpo, fue engendrado y alimentado con alimentos apropiados, pero que a este cuerpo se había unido el propio Dios Verbo que ordenaba todo el universo y por las obras que operaba en su cuerpo se daba a conocer no como un hombre, sino como el Dios Verbo. Sin embargo, se dice de él todo esto, porque este cuerpo que comía, que había sido puesto en el mundo, que sufría, no era el cuerpo de otro, sino el del Señor, y puesto que se había hecho hombre, convenía que se afirmase esto de él como de un hombre, para que quedase claro que tenía un cuerpo verdadero y en absoluto imaginario. Pero de igual modo que todo esto hacía conocer su presencia en un cuerpo, así las obras que realizaba mediante éste lo daban a conocer como Hijo de Dios. Así lo proclamaba también a los judíos infieles, cuando decía: *Si yo no realizo las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las realizo, incluso si no creéis en mí, creed en mis obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí y yo en el Padre*[47].

Igual que siendo invisible se hace conocer mediante las obras de la creación, así, hecho hombre y aunque no se ve en el cuerpo, puede hacer conocer mediante sus obras que no es un hombre, sino la Potencia de Dios y su Verbo quien las opera. En efecto, dominar a los demonios y ahuyentarles no

47. Jn 10, 37-38.

es una obra humana, sino divina. Y al verle curar las enfermedades a las que está sujeto el género humano, ¿cómo pensar todavía que es un hombre y no Dios? Purificaba a los leprosos, hacía andar a los cojos, abría los oídos de los sordos, daba la vista a los ciegos, y, en una palabra, alejaba del cuerpo de los hombres todos los males y enfermedades y en esas acciones cada cual podía contemplar su divinidad. Al verle dar lo que le faltaba al que había nacido con algún defecto natural y abrir los ojos del ciego de nacimiento, ¿quién no habría pensado que la creación de hombres le está sometida y que él es su artífice y su creador? El que da a un hombre lo que no tenía por nacimiento, sin duda es también el Señor de la generación humana. Por esto, cuando al comienzo desciende hasta nosotros, se construye un cuerpo nacido de una virgen, para ofrecer a todos una prueba no pequeña de su divinidad; el que ha construido este cuerpo, es también el creador de los otros cuerpos. Al ver este cuerpo nacido solamente de una virgen, sin el concurso de un varón, ¿cómo no pensar que el que se manifiesta en este cuerpo es el creador y el Señor de los otros cuerpos? Al ver la sustancia del agua cambiada y transformada en vino, ¿cómo no pensar que el autor de este milagro es el Señor y el creador de la sustancia de todas las aguas? Por esta razón, ha caminado como Señor sobre el mar y se ha paseado por él como sobre la tierra, ofreciendo así a cuantos lo veían una prueba de su dominio universal. Y cuando con una pequeña cantidad de alimentos nutrió a una multitud tan grande y la hizo pasar de la indigencia a la abun-

dancia, cuando con cinco panes sació a cinco mil hombres y le sobró otro tanto, mostraba que no era otro que el Señor de la providencia universal.

19. Era perfectamente justo, parece, que el Salvador realizase todas estas cosas, para que los hombres que habían desconocido su providencia universal y que no habían reconocido su divinidad a través de la creación, vieran al menos las obras que cumplía mediante su cuerpo y, a través de él, se hicieran una idea del conocimiento del Padre, y remontando, como he dicho más arriba, de sus obras particulares a su providencia universal. Cuando se ve su poder contra los demonios, cuando se ve que éstos reconocen que es su Señor, ¿quién dudará todavía en su alma y se preguntará si es ciertamente el Hijo y la Sabiduría y el Poder de Dios? [48]. No ha permitido que la propia creación guarde silencio, sino que –y esto es admirable– incluso en su muerte, o más bien en su victoria sobre la muerte, quiero decir en la cruz, toda la creación confesaba que el que se hacía conocer y sufría en su cuerpo no era simplemente un hombre, sino el Hijo de Dios [49] y el Salvador de todos. En efecto, cuando el sol retrocedió, cuando la tierra tembló, cuando las montañas se hendieron [50], todos fueron asaltados por el temor; pero todos estos prodigios indicaban que el que estaba sobre la cruz era el Cristo Dios y que toda la

48. Cf. 1 Co 1, 24.
49. Cf. Mc 5, 7.
50. Cf. Mt 27, 45-51.

creación era su esclava, dando testimonio por su temor de la presencia de su Señor. Es así, pues, como el Dios Verbo se manifestó a los hombres mediante sus obras.

La continuación de nuestro discurso demanda ahora que describamos el final de su vida y de su actividad corporal, y que expongamos de qué naturaleza fue la muerte de su cuerpo, sobre todo porque éste es el punto capital de nuestra fe y porque absolutamente todos los hombres hablan de ella; tú sabrás así que particularmente en esto Cristo se hace conocer como Dios e Hijo de Dios.

V
LA REDENCIÓN MEDIANTE LA MUERTE

20. Así pues, nosotros hemos expuesto parcialmente, en tanto que era posible y en la medida en que podíamos comprenderlo, la causa de su manifestación en un cuerpo; habíamos dicho que ningún otro podía atraer a la incorruptibilidad a un ser corruptible, excepto el Salvador, que al principio había creado todas las cosas de la nada. Ningún otro podía recrear a los hombres según su imagen, excepto quien es la imagen del Padre; ningún otro podía resucitar y hacer inmortal a un ser mortal, excepto quien es la Vida misma, nuestro Señor Jesucristo y ningún otro podía hacer conocer al Padre y destruir el culto de los ídolos, excepto el Verbo que ha ordenado el universo y que sólo él es el Hijo verdadero y unigénito del Padre. Pero quedaba todavía por pagar la deuda de todos, pues, como he dicho anteriormente, todos debían morir y ésa fue la causa principal de su venida entre nosotros. Después de haber mostrado su divinidad con sus obras, le faltaba ofrecer el sacrificio por todos entregando a la muerte el templo de su cuerpo, a fin de hacer a todos independientes y libres de la antigua transgresión; allí se revelaría superior a la muerte, mostran-

do en su propio cuerpo incorruptible las primicias de la resurrección universal[51].

No te asombres si repetimos a menudo las mismas cosas con los mismos argumentos. Ya que hablamos de la bondad de Dios, expresaremos por ello la misma idea con muchas palabras, para que no parezca que omitimos algo y no correr el riesgo de expresarnos insuficientemente. Vale más exponerse al reproche de repetir las mismas cosas antes que omitir algo que debía haber sido escrito.

Así pues el cuerpo, como tenía la sustancia común a todos los cuerpos, era un cuerpo humano y, aunque por un nuevo prodigio se hubiese formado solamente de una virgen, era sin embargo mortal y debía morir según la suerte común a sus semejantes. Pero, gracias a la venida del Verbo en él, no estaba ya sujeto a la corrupción, como lo quería su propia naturaleza, sino que, por la presencia en él del Verbo de Dios, era extraño a la corrupción. Así estas dos cosas sucedieron prodigiosamente al mismo tiempo: la muerte de todos se cumplía en el cuerpo del Señor y a la vez la muerte y la corrupción eran destruidas, gracias al Verbo que habitaba en este cuerpo. La muerte era necesaria y debía ocurrir por todos, para pagar la deuda de todos. Por esto, como he dicho ya, dado que el Verbo no podía morir (pues era inmortal), tomó para sí un cuerpo que pudiera morir, a fin de ofrecerlo por todos como su bien propio y, sufriendo por todos los

51. Cf. 1 Co 15, 20.

hombres en este cuerpo en el que había venido, *reducir a la nada al que detenta el poder de la muerte, es decir, al diablo y librar así a los que, por temor a la muerte, estaban durante toda su vida sometidos a la esclavitud*[52].

21. Sin duda, dado que el Salvador común de todos murió por nosotros, los fieles en Cristo ya no morimos ahora como antes por la amenaza de la ley, pues tal condena ha cesado, sino que, al haber sido destruida la corrupción y haber desaparecido en la gracia de la resurrección, queda solamente que nos descompongamos, según el carácter mortal del cuerpo, en el tiempo que para cada uno Dios establece, a fin de que podamos *alcanzar una mejor resurrección*[53]. Pues a la manera de semillas arrojadas en la tierra, no perecemos descomponiéndonos, sino que, como las semillas, resurgiremos, una vez destruida la muerte por la gracia del Salvador. Por esto el bienaventurado Pablo, que se hizo para todos garante de la resurrección, dice: *Este cuerpo corruptible debe revestirse de incorruptibilidad y este cuerpo mortal debe revestirse de inmortalidad; pero cuando este cuerpo mortal se haya revestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: la muerte fue absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?*[54].

52. Hb 2, 14-15.
53. Hb 11, 35.
54. 1 Co 15, 53-55.

¿Por qué entonces –podría decirse– si era necesario que entregara por todos su cuerpo a la muerte, no se desprendió de él privadamente, como un hombre, sino que llegó hasta ser crucificado? Hubiera sido mucho más conveniente desprenderse de su cuerpo honorablemente que esperar una muerte así con ultraje. Considera de nuevo si esta objeción no es humana: lo sufrido por el Salvador es verdaderamente divino y digno de su divinidad por muchas razones: en primer lugar, porque la muerte que golpea a los hombres les sobreviene por la debilidad de su naturaleza, pues al no poder perdurar en el tiempo, se deterioran con los años. Por esta razón les asaltan las enfermedades y, privados de sus fuerzas, mueren. El Señor en cambio no es débil, sino el Poder de Dios y el Verbo de Dios y la Vida en sí. Por tanto, si se hubiera desprendido de su cuerpo en privado y en un lecho, a la manera de los hombres, se habría pensado que sufría esta muerte a causa de la debilidad de su naturaleza y que no poseía nada superior a los otros hombres. Pero, puesto que era la Vida y el Verbo de Dios y era necesario que su muerte ocurriera por todos, por una parte, al ser Vida y Poder, fortalecía en sí su cuerpo; y por otra, como la muerte debía acontecer, tomó la ocasión para ofrecerse en sacrificio, no por sí mismo, sino por medio de otros. Dado que no era posible que el Señor enfermara, él que curaba las enfermedades de los demás, ni podía debilitarse tampoco el cuerpo que fortalecía las debilidades de los otros, ¿por qué entonces no se apartó de la muerte como de la enfermedad? Porque había to-

mado el cuerpo precisamente para esto y no era justo impedirlo, para que no impidiera tampoco la resurrección. Además, no era conveniente que la enfermedad precediera a la muerte para que no se considerase que existía debilidad en su cuerpo. Entonces, ¿no tuvo hambre? Sí, tuvo hambre por la propiedad de su cuerpo, pero no murió de hambre, porque era el Señor quien lo portaba. Por esta razón murió por la redención de todos, pero *no conoció la corrupción*[55], pues resucitó intacto, porque el cuerpo no era de ningún otro, sino de la vida misma.

22. Pero –podría decirse– debió evitar la conspiración de los judíos, para conservar su cuerpo plenamente inmortal. Que atienda quien así hable, porque tampoco esto era conveniente para el Señor. No era conveniente que el Verbo de Dios, que era la vida, diera muerte a su cuerpo por sí mismo, como tampoco era justo que escapara a la muerte dada por otros, antes bien debía buscarla para destruirla. He aquí por qué no abandonó por sí mismo su cuerpo y por qué no escapó a las maquinaciones de los judíos. Tal situación no mostraba la debilidad del Verbo, sino más bien lo hacía conocer como Salvador y Vida, porque aguardaba la muerte para destruirla y se esforzaba por soportar hasta el fin la muerte que le daban por la salvación de todos. Además el Salvador no vino a poner fin a su propia

55. Hch 2, 31; 13, 35; Sal 15 (16), 10.

muerte, sino a la de los hombres; de ahí que no abandonara su cuerpo a la muerte natural (no le era posible, siendo como era la vida), sino que la recibió de los hombres, para hacerla desaparecer totalmente, cuando se hubiera acercado a su cuerpo. Incluso podría concluirse que el cuerpo del Señor tuvo este fin con razón, por lo siguiente: El Señor se cuidaba especialmente de la resurrección que iba a operar en su cuerpo; mostrarla a todos era el trofeo de su victoria sobre la muerte y era obra suya convencer a todos de que la corrupción había cesado y de que se había reconquistado la incorruptibilidad de los cuerpos, de la cual ofrecía a todos, como prueba y muestra de que la futura resurrección sería universal, la incorruptibilidad de su propio cuerpo. En cambio, si el cuerpo hubiera enfermado y a la vista de todos el Verbo se hubiera separado de él, sería inconveniente que el que cura las enfermedades de los demás permitiera que su propio instrumento se corrompiera en la enfermedad. Pues, ¿cómo se habría creído que alejaba las enfermedades de los otros, si tenía débil su propio templo? Habría sido objeto de burla al no poder alejar la enfermedad o, si pudiera y no lo hubiera hecho, habría sido juzgado además falto de humanidad hacia los otros.

23. Pero si hubiera ocultado el cuerpo, sin enfermedad y sin dolor alguno, en privado y por sí mismo, *en un rincón*[56] o en un lugar desierto, o en

56. Hch 26, 26.

casa o en cualquier otra parte y, después de esto, hubiera reaparecido repentinamente, diciendo que había resucitado de entre los muertos, hubiera parecido a todos que contaba fábulas y sería mucho menos creído, aunque hablara de su resurrección, al no haber en absoluto testimonio de su propia muerte. Es necesario que la muerte preceda a la resurrección, porque no existiría resurrección si la muerte no la hubiera precedido. De ahí que si la muerte del cuerpo hubiera acontecido ocultamente, al no ser evidente la muerte y no haber ocurrido ante testigos, su resurrección habría sido también invisible y sin testigos. ¿Por qué, si al resucitar anunciaba abiertamente su resurrección, tenía que hacer invisible su muerte? ¿Por qué expulsó a los demonios a la vista de todos, hizo ver al ciego de nacimiento, convirtió el agua en vino, para hacer creer con estas obras que era el Hijo de Dios, y no iba a mostrar a la vista de todos su cuerpo mortal como inmortal, para ser considerado la Vida? ¿Cómo sus discípulos tendrían audacia en el discurso sobre su resurrección, si no podían decir que antes había muerto? ¿O cómo habrían sido creídos al anunciar que había ocurrido primero la muerte y después la resurrección, si ni siquiera tenían testigos de la muerte, entre aquellos a quienes se atrevían a hablar? Pues si los fariseos de entonces no quisieron creer en la muerte y en la resurrección que ocurrió tan a la vista de todos, sino que además obligaron a los que habían visto la resurrección a negarla, si ello hubiera sucedido totalmente en la oscuridad, ¿cuántos pretextos no habrían imaginado de su increduli-

dad?; ¿cómo entonces mostraría el final de la muerte y su victoria sobre ella, si no la había hecho comparecer a la vista de todos, para probar que estaba muerta, vaciada además por la incorruptibilidad del cuerpo?

24. Pero debemos anticiparnos en nuestra defensa a las objeciones de los demás. Pues quizá se dirá todavía esto: Si era preciso que su muerte tuviese lugar a los ojos de todos y ante testigos, para dar crédito a la narración de su resurrección, habría sido necesario también que imaginase para sí una muerte gloriosa o, al menos, que evitase la ignominia de la cruz. Pero si hubiera hecho esto, se habría prestado a la sospecha de no ser poderoso contra toda clase de muerte, sino solamente contra la que había inventado para sí y esto hubiera sido un pretexto no menor para negar su resurrección. Además ha querido para su cuerpo una muerte que viniese no de sí mismo, sino de una conspiración, para poder destruir precisamente aquella muerte que infligían al Salvador. Como un valiente atleta, grande por su inteligencia y por su coraje, no escoge a sus adversarios, para que no se sospeche que tiene miedo de algunos, sino que deja esta elección a los espectadores, sobre todo si éstos son enemigos, a fin de que, al vencer al que ellos le asignen, se le crea superior a todos; así el que es la vida de todos y el Salvador y el Señor, Cristo, no ha imaginado por sí mismo tal género de muerte para su cuerpo, para que no pareciera que temía otra, sino que ha aceptado y soportado una muerte que le venía de

los demás, y sobre todo de sus enemigos, una muerte que éstos creían horrible, ignominiosa y abominable, la muerte de la cruz; así, destruyendo esta muerte, hacía creer que él era la vida y que aniquilaría absolutamente el poder de la muerte. Ha sucedido, pues, una cosa extraña y admirable: la muerte vergonzosa que ellos pensaban infligirle fue el trofeo de su victoria contra la propia muerte. Por esta razón no quiso sufrir la muerte de Juan, a quien le cortaron la cabeza [57], ni ser serrado como Isaías [58], para mantener en la muerte su cuerpo íntegro e intacto y para no dar pretexto a los que deseaban dividir su Iglesia [59].

25. Todo esto se dirige a los de fuera [60], que enlazan para sí un argumento con otro; pero si alguno de los nuestros se pregunta, no por espíritu de disputa, sino por deseo de instruirse [61], por qué

57. Cf. Mc 6, 14-29 y Mt 14, 1-12.

58. La tradición acerca de semejante muerte de Isaías está confirmada por el escrito judaico *Ascensión de Isaías*, y quizá también se encuentre una alusión en Hb 11, 37.

59. La integridad del cuerpo de Cristo en la muerte (a él no le quebraron las piernas como a los ladrones; cf. Jn 19, 33) se considera como símbolo de la integridad del cuerpo de la Iglesia, que continuamente está amenazada por los herejes. Muy probablemente Atanasio aquí se refiere a los arrianos.

60. Los de fuera son los paganos; los nuestros, de los que se habla inmediatamente después, son los cristianos. De aquí se deduce que el escrito de Atanasio está dirigido a los paganos y a los cristianos.

61. Es legítimo para el creyente preguntarse acerca de los misterios de la fe siempre que esté guiado por el deseo sincero de aprender o, como se dice frecuentemente, por la piedad.

Cristo no ha sufrido otra muerte que la de la cruz, que sepa éste que ninguna otra clase de muerte nos era más útil que aquélla y es por ello por lo que justamente el Señor la ha sufrido por nosotros. Si él venía a soportar la maldición que pesaba sobre nosotros, ¿cómo *se habría hecho maldición*[62], sin sufrir la muerte de los malditos? Tal es, en efecto, la muerte sobre la cruz; pues está escrito: *Maldito el que está colgado del madero*[63]. Además, si la muerte del Señor es una redención para todos y esta muerte abate *el muro de separación*[64] y llama a los gentiles, ¿cómo nos habría llamado, si no hubiera sido crucificado? Pues únicamente es en la cruz donde se muere con las manos extendidas. Era, además, conveniente que el Señor sufriese esa muerte y extendiese las manos: con una atraería al pueblo antiguo, con la otra a los gentiles y reuniría a ambos en sí. Él mismo lo ha dicho al indicar qué muerte utilizaría para redimir a los hombres: *Cuando sea elevado, atraeré a todos hacia mí*[65]. Por otra parte, si el enemigo del género humano, el diablo, que ha caído del cielo y que vaga por las regiones inferiores del aire, ejerce allí su dominio sobre los otros demonios que se le unen por desobediencia y, por su mediación, produce fantasías que confunden a los hombres e intenta obstaculizar a los que quieren ascender..., el apóstol dice tam-

62. Ga 3, 13.
63. Dt 21, 23.
64. Ef 2, 14.
65. Jn 12, 32.

bién sobre este tema: *Conforme al príncipe del dominio del aire, el que está ahora actuando sobre los hijos de la desobediencia*[66]. Pero el Señor ha venido para abatir al diablo, purificar el aire y abrirnos el camino que asciende hacia los cielos, como dice el apóstol: *A través del velo, es decir, de su carne*[67] y esto debía hacerse por su muerte. Pero, ¿con qué otro tipo de muerte que la que ocurre en los aires, quiero decir la cruz? Sólo muere en los aires el que muere sobre la cruz. Era, pues, razonable que el Señor sufriera esta muerte. Así, elevado a lo alto, ha purificado el aire de todas las maquinaciones del diablo y de los demonios, diciendo: *Yo vi a Satán caer como un rayo*[68], y ha vuelto a abrir para nosotros el camino que sube hacia los cielos, cuando dice en otro lugar: *Príncipes, levantad vuestras puertas, y elevaos, puertas eternas*[69]. Pues el Verbo mismo no tenía necesidad de que se le abriesen las puertas, puesto que es el Señor de todo; ninguna de las criaturas estaba cerrada a su creador; pero éramos nosotros quienes teníamos necesidad de él y él nos ha elevado por medio de su propio cuerpo. Para todos lo ha ofrecido a la muerte y por él nos ha franqueado el camino que sube a los cielos.

66. Ef 2, 2.
67. Hb 10, 20.
68. Lc 10, 18.
69. Sal 23 (24), 7.

VI
LA RESURRECCIÓN DE CRISTO Y EL DON DE LA INCORRUPTIBILIDAD

Texto

26. Su muerte por nosotros sobre la cruz fue pues perfectamente conveniente y adecuada; su causa aparecía absolutamente razonable y se justifica perfectamente: No es de otra manera que por la cruz como debía operar la salvación de todos. Pues ni siquiera así quiso permanecer invisible en la cruz, sino que hizo que la creación rindiera abundante testimonio de la presencia de su creador. No ha soportado que el templo de su cuerpo esperase mucho tiempo, sino que, habiéndose contentado con mostrarlo muerto después de su unión con la muerte, lo ha resucitado muy pronto, al tercer día, presentando como trofeo de su victoria contra la muerte la incorruptibilidad e impasibidad de su cuerpo. Habría podido, sin duda, resucitar su cuerpo inmediatamente después de la muerte y mostrarlo vivo; pero en una sabia providencia el Salvador no lo quiso así. Se habría podido decir que no había muerto del todo y que la muerte no le había alcanzado totalmente, si hubiera mostrado inmediatamente su resurrección. Si la muerte y la resurrección se hubieran seguido sin intervalo, la gloria de la incorruptibilidad no habría sido evidente.

Además, para mostrar que su cuerpo había muerto, el Verbo esperó un día, y al tercero lo mostró a todos incorruptible. Fue, pues, para mostrar la muerte en su cuerpo por lo que resucitó al tercer día. Pero si hubiera esperado más largo tiempo para resucitar un cuerpo que estaba enteramente corrupto, habría podido encontrar la incredulidad como si no fuera su cuerpo, sino otro, el que mostraba; pasado un cierto tiempo, se habría podido rehusar a creer en la aparición y olvidar lo que había pasado. Es por esto por lo que no tardó más de tres días y no hizo esperar más largo tiempo a los que le habían oído hablar de la resurrección, sino que, cuando tenían todavía en los oídos el sonido de su voz, sus ojos le esperaban todavía y sus espíritus estaban en suspenso, cuando vivían todavía sobre la tierra y en los mismos lugares los que le habían enviado a la muerte y podían dar testimonio de la muerte del Señor, entonces el propio Hijo de Dios mostró inmortal e incorruptible este cuerpo, que durante el espacio de tres días había estado muerto. Y se demostró a todos que, si este cuerpo había muerto, no era por debilidad de la naturaleza del Verbo que habitaba en él, sino para que la muerte fuese destruida en él gracias al poder del Salvador.

27. Que la muerte haya sido destruida y que la cruz sea una victoria conseguida sobre ella, que no tenga más fuerza en adelante, sino que haya verdaderamente muerto, he aquí una prueba considerable y un testimonio evidente de ello: todos los discípu-

los de Cristo desprecian la muerte, todos se lanzan contra ella, sin temerla ya, sino que por el signo de la cruz y la fe en Cristo la arrojan a los pies como una cosa muerta. Por otro lado, antes de que se produjese la divina venida del Salvador, todos lloraban a los muertos como si estuviesen destinados a la corrupción. Pero desde que el Salvador ha resucitado su cuerpo, la muerte ya no es temible; todos los que creen en Cristo la arrojan a los pies como si fuera nada y prefieren morir antes que renegar de la fe de Cristo. Saben verdaderamente que al morir no perecen, sino que viven, y que la resurrección les volverá incorruptibles. Y el diablo, que en otro tiempo por la muerte atacaba indignamente a los hombres, ahora que *los dolores de la muerte han sido destruidos* [70], sólo él queda verdaderamente muerto. He aquí la prueba de ello: antes de que los hombres crean en Cristo, miran la muerte como terrible y la temen; pero, cuando se han convertido a su fe y a su doctrina, desprecian de tal manera la muerte que se lanzan con ardor contra ella y se hacen testigos de la victoria conseguida sobre ella por el Salvador en su resurrección. No son todavía por edad más que niños pequeños y ya tienen prisa por morir, se preparan contra la muerte con ejercicios, no solamente los hombres, sino incluso las mujeres. La muerte ha sido de tal manera debilitada que las propias mujeres, en otro tiempo confundidas por ella, se burlan de la misma como de un ser muerto y sin fuerza. Si

70. Hch 2, 24.

un rey legítimo ha vencido a un tirano y a éste se le han atado los pies y las manos, todos los que pasan se burlan de él, lo golpean y lo insultan, sin temer ya su rabia y su crueldad, gracias al rey que lo ha vencido; igualmente ocurre con la muerte, a la que, una vez que ha sido vencida por el Salvador y condenada al deshonor en la cruz, atados los pies y las manos, todos los que caminan en Cristo arrojan a los pies y, dando testimonio de Cristo, se burlan de ella y la insultan, repitiendo las palabras que habían sido escritas en otra ocasión: *¿Dónde está, muerte, tu victoria; dónde, infierno, tu aguijón?* [71].

28. ¿Hay aquí una prueba sin valor de la debilidad de la muerte? ¿Es una pobre demostración de la victoria conseguida sobre ella por el Salvador, cuando niños y jóvenes muchachas cristianas desprecian la vida presente y se preparan a morir? El hombre teme por naturaleza la muerte y la disolución de su cuerpo; pero lo más maravilloso es que después de revestirse de la fe de la cruz, desprecia este sentimiento natural y por Cristo no teme ya la muerte. El fuego tiene naturalmente la propiedad de quemar; pero hay, se dice, una sustancia que no teme la quemadura del fuego, sino que demuestra su debilidad (como se afirma del amianto de los indios). Si alguno no creyera en esta afirmación y quisiera hacer la prueba, ciertamente cuando esté revestido de amianto y sea arrojado al fuego, creerá en la de-

71. 1 Co 15, 55.

bilidad del fuego. O si se quiere ver al tirano encadenado, se debe necesariamente ir al país y al reino del vencedor, para ver tan débil al que era temible para todos. Igualmente, si alguno es incrédulo, incluso después de tan grandes cosas, después de tantos como se han hecho mártires en Cristo, después de la burla dirigida cada día contra la muerte por aquellos que se distinguen en Cristo, si alguno, pues, guarda alguna duda sobre la destrucción de la muerte y su fin, hace bien en asombrarse de cosas tan grandes, pero que no se empeñe en su incredulidad y que no tenga la impudicia de negar hechos tan evidentes. Pero, como el que se ha puesto el amianto reconoce que es incombustible y el que quiere ver al tirano encadenado va al reino de su vencedor, del mismo modo también, el que dude de la victoria sobre la muerte que reciba la fe de Cristo y se una a su escuela; entonces verá la debilidad de la muerte y la victoria que se ha conseguido sobre ella. Muchos de los que en principio rehusaban creerlo y se burlaban, han creído después y han despreciado la muerte hasta el punto de convertirse ellos también en mártires de Cristo.

29. En efecto, si es por el signo de la cruz y la fe en Cristo como se arroja a los pies la muerte, es bien evidente, en el juicio de la verdad, que es Cristo mismo y no otro quien ha conseguido contra la muerte estos trofeos y esta victoria y quien la ha privado de toda fuerza. Y si antes la muerte era tan poderosa y por ello tan temible, pero ahora tras la venida del Salvador y la muerte de su cuerpo y su

resurrección, se la desprecia, es claro que es por Cristo, que ascendió a la cruz, por quien la muerte ha sido aniquilada y vencida. Cuando tras la noche el sol aparece e ilumina toda la superficie de la tierra, no se puede dudar en absoluto que el sol que despliega por todas partes su luz es el mismo que ha ocultado las tinieblas e ilumina todo. Así, puesto que la muerte es despreciada y arrojada a los pies de la saludable aparición del Salvador en un cuerpo, no hay duda en absoluto de que el Salvador que se ha manifestado en el cuerpo es el mismo que ha aniquilado la muerte y que cada día hace ver en sus discípulos los trofeos de su victoria contra ella. Cuando se ve a hombres por naturaleza débiles lanzarse contra la muerte, sin dejarse asustar por la corrupción de la tumba, sin temer el descenso a los infiernos, y que llaman con ardor a la propia muerte, sin amedrentarse ante la tortura, y por Cristo prefieren a la vida presente esta carrera hacia la muerte, y si se ve a hombres, a mujeres y a jóvenes correr y lanzarse a la muerte por la fe en Cristo, ¿quién sería tan estúpido y tan incrédulo, quién tendría el espíritu tan ciego, para no comprender y pensar que es Cristo, a quien estos hombres rinden testimonio, quien da y garantiza a cada uno la victoria sobre la muerte y destruye el poder de la muerte en cada uno de los que tienen fe en él y llevan el signo de la cruz? Quien ve una serpiente arrojada a los pies, sobre todo si conoce su virulencia de otro tiempo, no va a dudar de que está muerta y de que ha perdido toda su fuerza, a menos que tenga el espíritu trastocado y no tenga siquiera ya la salud de sus

sentidos corporales. Además, ¿quién al ver a niños burlarse del león [72], no comprenderá que este león ha muerto o que ha perdido toda su fuerza? Se puede ver con los ojos que esto es verdad y del mismo modo, cuando los que creen en Cristo se burlan de la muerte y la desprecian, que nadie rehuse creer de aquí en adelante, que nadie dude que es Cristo quien ha aniquilado la muerte y quien ha arruinado y hecho cesar su poder de corrupción.

30. Lo que hemos dicho es una prueba considerable de que la muerte ha sido aniquilada y que la cruz del Señor es un trofeo conseguido sobre ella. Cristo, que es el Salvador común de todos y la verdadera vida, ha resucitado su cuerpo para siempre inmortal; la demostración que dan de ello los hechos es más clara que todos los discursos, para los que tienen sano el ojo del espíritu. Si, como nuestro razonamiento ha mostrado, la muerte ha sido aniquilada y todos por Cristo la aplastan con sus pies, con más razón él, en su propio cuerpo, la ha aplastado con sus pies y aniquilado. Si la muerte ha sido muerta por él, ¿qué le faltaba hacer, excepto resucitar su cuerpo y mostrarlo como un trofeo de su victoria? ¿Cómo habría sido visible la derrota de la muerte, si el cuerpo del Señor no hubiera resucitado? Si esto no parece una demostración suficiente de su resurrección, hechos visibles pueden confir-

72. Atanasio presenta aquí como símbolo de la muerte al león y la serpiente, que generalmente aparecen como símbolos del demonio y del mal. La simbología se refiere al Salmo 90 (91), 13.

mar nuestras palabras. Un muerto no puede hacer ya nada; el reconocimiento que se le tiene va hasta la tumba y se apaga enseguida; sólo a los vivos pertenecen la acción y la influencia sobre los hombres; no importa quién quiera verlo y confesar la verdad, juzgando después de lo que ve. Puesto que el Salvador se comporta de tal manera entre los hombres que cada día persuade invisiblemente a una multitud tan grande de griegos y de bárbaros a creer en él y a escuchar su doctrina, ¿cómo se podría todavía dudar y preguntarse si el Salvador ha resucitado, si Cristo está vivo o, más bien, si él mismo es la vida? ¿Es que un muerto es capaz de penetrar el corazón de los hombres, de hacerles renegar de las leyes de sus padres y abrazar la doctrina de Cristo? Y si no está actuando (pues eso es lo propio de un muerto), ¿cómo puede hacer cesar a los vivos de su actividad, de modo que el adúltero ya no cometa adulterio, que el homicida no mate más, que el injusto no sea ya arrogante y que el impío sea piadoso a partir de entonces? Si no ha resucitado y no es más que un muerto, ¿cómo puede atacar, perseguir y abatir a los falsos dioses que los impíos llaman vivos y a los demonios que adoran? Desde que se ha pronunciado el nombre de Cristo y su fe, al instante toda idolatría se ha destruido, todo engaño de los demonios ha sido rechazado, ningún demonio soporta siquiera oír su nombre, sino que en cuanto lo oye emprende la huida y se va. Todo esto no es la obra de un muerto, sino de un vivo y especialmente de Dios. Sería por otra parte ridículo afirmar que los demonios que él pone en fuga, que los ídolos que

abate están vivos, y decir que está muerto el que los ataca, el que por su poder los hace desaparecer y es reconocido por todos como el Hijo de Dios.

31. Los que rechazan creer en su resurrección se exponen a una grave objeción: Si todos los demonios y dioses que adoran no persiguen a este Cristo que ellos dicen muerto, sino que más bien Cristo prueba que están todos muertos; si es verdad que un muerto no puede hacer nada y que el Salvador opera cada día tantos prodigios (arrastra a la piedad, persuade a la virtud, enseña la inmortalidad, conduce al deseo del cielo, revela el conocimiento del Padre, inspira la fuerza contra la muerte, se muestra a cada uno y destruye la impiedad de los ídolos); si esto no pueden hacerlo los dioses y los demonios de los infieles, sino que solamente con la presencia de Cristo se convierten en muertos, no teniendo ya más que una apariencia vana y vacía; si el signo de la cruz hace cesar toda magia, reduce a la nada todo encantamiento, todos los ídolos son abandonados y repudiados, todo placer irracional cesa y cada cual levanta los ojos desde la tierra al cielo, ¿de quién se dirá que es un muerto? ¿De Cristo que realiza todas estas cosas? Pero un muerto no actúa. Antes bien los que no actúan, los que yacen sin vida, como es el caso de los demonios y los ídolos, son los que están muertos. Es así que el Hijo de Dios *vivo y activo*[73] está actuando cada día y opera la salvación de todos; pero la muerte es refutada cada día, habiendo

73. Hb 4, 12.

perdido su fuerza, los demonios y los ídolos aparecen cada vez más como muertos y nadie desde entonces puede dudar ya de la resurrección de su cuerpo.

Si alguien se resiste a creer en la resurrección del cuerpo del Señor, parece desconocer el poder del Verbo de Dios y de su Sabiduría. Si verdaderamente el Verbo ha tomado un cuerpo y lo ha hecho suyo por una consecuencia razonable, como lo ha mostrado nuestro discurso, ¿qué debía hacer de su cuerpo el Señor? ¿Cuál debía ser el fin del cuerpo al que había descendido el Verbo? No podía no morir, puesto que era mortal y entregado a la muerte por todos nosotros; era por esto además por lo que el Salvador se lo había preparado para sí. Pero no era posible que él permaneciera en la muerte, puesto que había sido el templo de la vida. Así ha muerto como mortal, pero ha recobrado la vida gracias a la vida que había en él y sus obras son el signo de su resurrección.

32. Si alguien se resiste a creer en su resurrección, porque no se ve, es hora entonces de que estos incrédulos nieguen también lo que está en la naturaleza de las cosas. Es propio de Dios ser invisible, pero se hace conocer por sus obras, como se ha dicho más arriba. Si estas obras no existen, tiene razón en no creer en lo que no se ve. Pero si estas obras lo gritan y lo muestran claramente, ¿por qué negar voluntariamente la vida que su resurrección manifiesta tan visiblemente? Si tienen el espíritu ciego, pueden al menos por sus sentidos exteriores

ver el incontestable poder de Cristo y su divinidad[74]. Un ciego que no ve el sol, pero que recibe al menos su calor, sabe que el sol existe por encima de la tierra; asimismo también nuestros contradictores, si no quieren todavía creer, puesto que la mirada de su espíritu está ciega a la visión de la verdad, que al menos, al conocer la fuerza de los otros que creen, no nieguen la divinidad de Cristo y la resurrección de la que es autor. Es claro que si Cristo fuera un muerto, no habría puesto en fuga a los demonios y despojado a los ídolos, pues los demonios no habrían obedecido a un muerto. Si su solo nombre los pone visiblemente en fuga, es evidente que no es un muerto, tanto menos cuanto que los demonios, que ven lo que es invisible a los hombres, podían reconocer si verdaderamente Cristo era un muerto y no obedecerle. Pero ahora los demonios ven lo que no quieren creer los impíos: que él es Dios, y es por esto por lo que todos huyen y caen a sus pies, diciendo lo que gritaban cuando él estaba en su cuerpo: *Sabemos quién eres tú; tú eres el Santo de Dios*; y también: *Deja, ¿qué nos quieres, Hijo de Dios? Por favor, no me tortures*[75]. Por tanto, puesto que los demonios lo reconocen y sus obras dan testimonio de él cada día, debería ser evidente (y nadie debería resistir impúdicamente a la verdad) que el Salvador ha resucitado su propio cuerpo y que es el verdadero Hijo de Dios, del cual procede como el propio Verbo nacido del Padre, su Sabiduría y su

74. Cf. Rm 1, 20.
75. Cf. Lc 4, 34; Mt 8, 28; Mc 5, 7.

Poder, quien en estos últimos tiempos ha tomado un cuerpo para la salvación de todos, ha enseñado a toda la tierra el conocimiento de su Padre, ha reducido la muerte a la nada, ha otorgado a todos la gracia de la inmortalidad por la promesa de la resurrección, resucitando su cuerpo como primicia[76] de ésta y mostrando en el signo de la cruz el trofeo de su victoria sobre la muerte y sobre su corrupción.

76. Cf. 1 Co 15, 20.

VII
CONTRA LOS JUDÍOS

33. Puesto que estas cosas son así y es evidente la demostración de la resurrección del cuerpo del Salvador y de la victoria conseguida por él sobre la muerte, ¡ea!, refutemos la incredulidad de los judíos y las burlas de los griegos. Es quizá por estas razones por las que los judíos se niegan a creer y por las que los griegos se burlan, porque ridiculizan la inconveniencia de la cruz y la encarnación del Verbo de Dios. Pero yo no me resistiré a dirigir mis discursos a los unos y a los otros, tanto más cuanto que tengo contra ellos claras demostraciones.

Los judíos incrédulos pueden encontrar argumentos en las Escrituras que ellos también leen. De un extremo a otro, cada libro divinamente inspirado proclama estas verdades, como lo muestran sus propias palabras. Los profetas anunciaban desde hace largo tiempo el milagro de la Virgen y del Niño que debía nacer de ella: *He aquí que una virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo; tendrá por nombre Emmanuel, que quiere decir: Dios con nosotros*[77]. Moisés, que fue verdaderamente grande y

77. Is 7, 14; Mt 1, 23.

cuya veracidad reconocen, aprecia al nivel de las cosas más trascendentales lo que se había dicho de la encarnación del Salvador y habiéndolo reconocido como verdadero, lo pone en sus libros: *Un astro se elevará de Jacob y un hombre de Israel y él destronará a los príncipes de Moab*[78]. Y en otro lugar: *¡Qué bellas son tus casas, Jacob, y tus tiendas, Israel! Son como valles umbríos, y como jardines a la orilla de los ríos, y como tiendas que ha plantado el Señor, como cedros a lo largo de las aguas. Saldrá un hombre de su raza y dominará pueblos numerosos*[79]. Y también Isaías: *Antes que el pequeño pueda llamar a su padre y a su madre, tomará el poderío de Damasco y los despojos de Samaría serán llevados ante el rey de los asirios*[80]. Estas palabras profetizan que él debía ser un hombre; y que el que debía venir era el Señor de todos, lo anuncian los profetas cuando dicen: *He aquí que el Señor se sentará en una ligera nube y vendrá a Egipto y se conmoverán los ídolos de Egipto*[81]. Y de allí lo llama también el Padre, diciendo: *De Egipto he llamado a mi hijo*[82].

34. Su muerte tampoco ha pasado en silencio, sino que ha sido indicada de muy distintas maneras en las Sagradas Escrituras; y, para que nadie lo ignore ni esté en el error acerca de lo que ocurrió, los

78. Nm 24, 17.
79. Nm 24, 5-7.
80. Is 8, 4.
81. Is 19, 1.
82. Os 11, 1; Mt 2, 15.

profetas no tienen temor de decir la causa de esta muerte –la ha sufrido no en su propio beneficio, sino para la inmortalidad y salvación de todos–, ni de describir las maquinaciones de los judíos y los ultrajes que ha recibido de ellos. Dicen en efecto: *Un hombre que está en aflicción y que sabe soportar el sufrimiento, porque su rostro ha sido objeto de aversión. Ha sido despreciado y tomado por nada. Éste soporta nuestros pecados y sufre dolor por nosotros; y nosotros le tuvimos por castigado, herido y humillado; pero ha sido herido a causa de nuestros pecados y se ha afligido a causa de nuestras iniquidades. El castigo que nos trae la paz está sobre él y sus llagas nos han curado* [83]. Admira la benevolencia del Verbo, que por nosotros se deja ultrajar, para que recibamos la gloria. *Todos nosotros* –dice la Escritura– *hemos vagado como corderos; el hombre andaba errante en su camino, y el Señor lo ha librado de sus pecados y, porque está en aflicción, no abre la boca. Ha sido conducido al matadero como un cordero y, como una oveja ante los trasquiladores, está mudo, así no abre su boca; en su humildad su causa no fue tomada en consideración* [84]. En resumen, para que por sus sufrimientos nadie lo tome por un hombre ordinario, la Escritura previene los pensamientos de los hombres y nos hace conocer su poder sobrehumano y su naturaleza diferente de la nuestra, cuando dice: *¿Quién contará su generación? Su vida ha sido*

83. Is 53, 3-5.
84. Is 53, 6-8; Hch 8, 32-33.

elevada de la tierra; a causa de las iniquidades de su pueblo ha sido conducido a la muerte. Y yo entregaré a los malvados a cambio de su sepultura y a los ricos por su muerte, porque no ha cometido iniquidad y en su boca no se ha encontrado engaño. Y el Señor quiere curarlo de su aflicción [85].

35. Pero tal vez, después de haber oído las profecías que hablan de su muerte, desees aprender lo que se ha anunciado sobre la cruz. Pues tampoco ha pasado en silencio, sino que ha sido revelado claramente por los santos. Moisés es el primero que la anuncia a grandes voces, cuando dice: *Veréis vuestra vida suspendida ante vuestros ojos y no creeréis* [86]. Y los profetas posteriores a él nos ofrecen también su testimonio y dicen: *Yo, como un inocente cordero, era arrojado al sacrificio y no lo sabía. Contra mí habían tramado una conjura, diciendo: Venid, pongamos leña en su pan y borrémosle de la tierra de los vivos* [87]. Y además: *Ellos han atravesado mis manos y mis pies, han contado todos mis huesos, se han repartido mis vestidos y han echado a suerte mi túnica* [88]. Esta muerte suspendida en el aire no podía ser otra que la de la cruz, y no se atraviesan las manos y los pies en ningún otro tipo de muerte que en la cruz. Y puesto que por la venida del Salvador todos los pueblos han comenzado a reconocer a

85. Is 53, 8-10.
86. Dt 28, 66.
87. Jr 11, 19.
88. Sal 21 (22), 17-19; Jn 19, 24.

Dios en todas partes, tampoco se ha dejado sin indicar esto, sino que se hace también mención de ello en las Sagradas Escrituras: *Será la raíz de Jessé la que se levante para gobernar las naciones, en él pondrán las naciones su esperanza*[89].

Estas pocas palabras bastan para la demostración de los hechos. Toda la Escritura en efecto está llena de trazos que refutan la incredulidad de los judíos. Entre los justos de los que hablan las divinas Escrituras, entre los santos profetas, entre los patriarcas, ¿hubo nunca alguno que haya nacido solamente de una virgen? ¿Qué mujer basta, sin el concurso de un esposo, para dar vida a un hombre? ¿Es que Abel no nació de Adán, Enoc de Jared, Noè de Lamec, Abraham de Teraj, Isaac de Abraham y Jacob de Isaac? ¿No nació Judá de Jacob, y Moisés y Aarón de Amram? ¿Es que Samuel no nació de Elcana, David de Jessé, Salomón de David, Ezequías de Ajaz, Josías de Amón, Isaías de Amós, Jeremías de Helcías, Ezequiel de Buzí? ¿Es que cada uno de ellos no ha tenido un padre en el origen de su nacimiento? ¿Quién, pues, ha nacido sólo de una virgen? También el profeta se ha preocupado mucho de indicar este signo. ¿De quién ha anunciado un astro en los cielos el nacimiento y lo ha hecho conocer a toda la tierra? Moisés en su nacimiento fue ocultado por sus padres, David permaneció desconocido incluso por sus vecinos, ya que el gran Samuel preguntaba si Jessé tenía todavía

89. Is 11, 10; Rm 15, 12.

otro hijo. Abraham no fue conocido por sus parientes hasta que se hizo adulto. Pero Cristo en su nacimiento no tuvo un hombre solamente por testigo, sino un astro que apareció en el cielo, de donde él descendía.

36. ¿Cuál es el rey, entre todos los que han existido, que *antes de poder nombrar a su padre y a su madre* [90] ha comenzado a reinar y ha conseguido trofeos contra sus enemigos? ¿No ha comenzado David a reinar cuando tenía treinta años y Salomón cuando se había convertido ya en un joven? ¿No tenía Joás siete años cuando recibió el poder? [91]. Y Josías, que era aún más joven, ¿no tomó el poder cuando tenía alrededor de siete años? [92]. Pero incluso los que tenían esta edad podían nombrar a su padre y a su madre. ¿Quién, pues, casi antes de su nacimiento, reina y despoja a sus enemigos? Que los judíos que investigan la Escritura me digan cuál es el rey de Israel y de Judá en quien todas las naciones hayan puesto su esperanza y en quien hayan encontrado la paz. ¿Es que, por el contrario, no les eran hostiles las naciones por todas partes? Además durante el largo tiempo que Jerusalén se mantuvo en pie, les hacían la guerra sin tregua y todos combatían contra Israel: los asirios los oprimían, los egipcios los perseguían, los babilonios los invadían.

90. Is 8, 4.
91. Cf. 2 R 12, 1.
92. Cf. 2 R 22, 1.

Y, cosa asombrosa, los sirios, sus vecinos, eran también sus adversarios. ¿No vemos a David hacer la guerra a Moab y aplastar a los sirios? Josías se guarda de sus vecinos, Ezequías teme la arrogancia de Senaquerib, Amelec hace campaña contra Moisés, los amorreos se oponen a Josué, hijo de Nun, y los habitantes de Jericó se le resistían. No había absolutamente ninguna tregua ni ningún lazo de amistad entre las naciones e Israel. Hay, pues, que preguntarse quién es aquel en el que las naciones ponen su esperanza. Debe existir, pues es imposible que los profetas hayan mentido. ¿Cuál es, pues, aquel de entre los santos profetas o los antiguos patriarcas que ha muerto en la cruz para la salvación de todos? ¿Quién ha sido herido y llevado a la muerte para la curación de todos? ¿Quién de los justos o de los reyes ha descendido a Egipto, para que a su llegada desaparezcan los ídolos de los egipcios? Abraham ha descendido y sin embargo la idolatría ha mantenido su dominio sobre todos. Allí fue donde nació Moisés y, sin embargo, la superstición de los que estaban en el error no disminuyó allí en modo alguno.

37. ¿Quién entre aquellos de los que da testimonio la Escritura ha tenido las manos y los pies clavados, ha sido colgado del madero y ha muerto en la cruz para salvación de todos? Abraham expiró y murió en su lecho, Isaac y Jacob también han extendido sus pies sobre el lecho para morir, Moisés y Aarón han muerto en la montaña, David acabó sus días en casa, sin tener que sufrir las maquinaciones

de su pueblo. Y aunque había sido buscado por Saúl, sin embargo se salvó sin daño. Isaías fue enteramente serrado, pero no murió en la cruz; Jeremías fue cubierto de ultrajes, pero no fue condenado a muerte; Ezequiel sufrió, pero no por el pueblo, sino más bien porque anunciaba lo que le sucedería al pueblo. Además todos aquellos que sufrían eran hombres, semejantes por su naturaleza a todos los hombres. Pero aquel del que las Escrituras anuncian que sufre por todos, no es simplemente un hombre, sino que se dice que es la vida de todos, aunque sea por naturaleza semejante a los hombres. *Veréis* –dice la Escritura– *vuestra vida colgada ante vuestros ojos*[93]; y, *¿quién contará su generación?*[94]. Se puede conocer la generación de todos los santos e indicar desde el comienzo quién es cada uno de ellos y de quién ha nacido; pero del que es la vida, las divinas Escrituras indican que su generación es inenarrable.

¿Quién es, pues, aquel de quien hablan las divinas Escrituras? ¿Quién es este ser tan grande del que los profetas anuncian características tan especiales? No se encuentra en las Escrituras ningún otro más que el común Salvador de todos, el Dios Verbo, nuestro Señor Jesucristo. Él es quien ha nacido de una virgen, quien ha aparecido sobre la tierra como un hombre y cuya generación según la carne, es inenarrable. Pues nadie puede señalar a su

93. Dt 28, 66.
94. Is 53, 8.

padre según la carne, ya que su cuerpo no ha nacido de un hombre, sino de una virgen solamente. Si se puede trazar la genealogía de los antepasados de David, de Moisés y de todos los patriarcas, nadie, por el contrario, puede demostrar el origen humano del Salvador según la carne. Él es quien ha hecho anunciar por un astro el nacimiento de su cuerpo; era preciso, ya que el Verbo descendía del cielo, que hubiera también un signo venido del cielo, y era preciso que la llegada del Rey de la creación fuese conocida claramente por el mundo entero. Nació en Judea, pero los persas vinieron a adorarle. Él es quien, incluso antes de su aparición en un cuerpo, consiguió una victoria contra los demonios, sus adversarios, y ganó sus trofeos contra la idolatría. Todos los paganos de todas partes abjuran de las costumbres patrias y de la impiedad de los ídolos, para poner su esperanza en Cristo y consagrarse a él, como puede verse con los propios ojos. La impiedad de los egipcios cesó solamente cuando el Señor del universo, llevado, por así decirlo, sobre una nube, descendió entre ellos corporalmente, redujo a la nada el error de la idolatría y arrastró a todos hacia sí y a través de él a su Padre. Él es quien fue crucificado teniendo por testigo al sol, a toda la creación y a los que le habían conducido a la muerte. Su muerte ha ofrecido la salvación a todos y la creación entera ha sido redimida. Él es la vida de todos y él es quien, igual que una oveja, entregó su cuerpo a la muerte, como víctima por la salvación de todos, aunque los judíos no quieran creerlo.

38. Si ellos piensan que estas pruebas no son suficientes, que se dejen persuadir por otros textos que tienen a su disposición. ¿De quién dicen los profetas: *Me he mostrado a los que no me buscaban, me hice encontrar por los que no preguntaban por mí; yo he dicho: Heme aquí, al pueblo que no invoca mi nombre; he extendido mis manos hacia un pueblo desobediente y rebelde*[95]? ¿Quién es el que se ha revelado?, podría preguntarse a los judíos. Si es el profeta, que digan cuándo se ha ocultado para mostrarse a continuación. ¿Quién es, pues, este profeta que de invisible se ha vuelto visible y ha extendido sus manos sobre la cruz? No es ninguno de los justos, sino únicamente el Verbo de Dios, que, siendo por naturaleza incorpóreo, se nos ha hecho visible en su cuerpo y ha sufrido por nosotros; y si esto no es suficiente, que les confundan otros testimonios que les dan una refutación tan manifiesta. Pues dice la Escritura: *Fortaleceos, manos desfallecientes y rodillas vacilantes; consolaos, corazones pusilánimes; ánimo, no temáis. He aquí que nuestro Dios hará justicia, él mismo vendrá y nos salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y las orejas de los sordos oirán; entonces el cojo saltará como un ciervo y la lengua de los mudos será ágil*[96]. ¿Qué pueden decir de esto? ¿Cómo se atreven a oponerse a estos hechos? La profecía anuncia la venida de Dios, los signos hacen conocer la época de su llegada. Que los ciegos vean claro, que

95. Is 65, 1-2; Rm 10, 20-21.
96. Is 35, 3-6; Hb 12, 12.

los cojos anden, que los sordos oigan y que la lengua de los mudos se haga ágil, todo esto los profetas lo relacionan con la venida del Señor. Que digan cuándo se han producido tales signos en Israel y dónde ha sucedido algo así en Judea. Un leproso ha sido curado, Namán, pero no ha habido ni sordo que oiga ni cojo que ande. Elías y Eliseo han resucitado a uno de entre los muertos, pero no adquirió la vista un ciego de nacimiento. Es un gran prodigio, sin duda, resucitar a un muerto, pero este milagro no fue tan grande como los que realizó el Salvador. Y ya que la Escritura no ha callado la curación del leproso ni la resurrección del hijo de la viuda, ciertamente, si hubiera sucedido que un cojo comenzase a caminar o que un ciego hubiese recuperado la vista, la palabra no hubiera olvidado hacer conocer también esto. Puesto que no se habla de ello en las Escrituras está claro que tales milagros no se han producido antes. ¿Cuándo han sucedido, pues, sino cuando el Verbo mismo de Dios ha venido en su cuerpo? ¿Y cuándo ha venido, sino cuando los cojos empezaron a caminar, cuando los mudos han hablado con facilidad, cuando los sordos han oído, cuando los ciegos de nacimiento han visto claro? Por esta razón, incluso los judíos que veían entonces estos prodigios, decían que no habían oído nunca hablar de hechos semejantes: *Nunca se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si éste no estaba junto a Dios, no podría hacer nada*[97].

97. Jn 9, 32-33.

39. Pero quizás, incapaces de resistir a la evidencia, no negarán las Escrituras, pero afirmarán que esperan todavía estos prodigios y que el Dios Verbo todavía no ha venido. He aquí lo que repiten por todos lados, sin avergonzarse por su impúdica oposición a la evidencia. Sin embargo, serán refutados en esto especialmente, antes que en todo lo demás, no por nosotros, sino por el sapientísimo Daniel, que anuncia la época presente y la divina venida del Salvador, diciendo: *Setenta semanas han sido determinadas para tu pueblo y para la ciudad santa, para poner fin al pecado y para sellar los pecados y para cancelar las iniquidades y para expiar las injusticias y para reconducir la justicia eterna y para sellar la visión y el profeta y para ungir al Santo de los santos; y sabrás y comprenderás, después del fin del discurso, para responder y reconstruir Jerusalén hasta el reino de Cristo*[98]. Quizá podrían encontrar en los otros profetas pretexto y referir al porvenir lo que está escrito. Pero, ¿qué podrán decir u oponer a este texto, donde se señala al Ungido, donde el Ungido no está anunciado simplemente como un hombre, sino como un Santo de los santos? Jerusalén subsistió hasta su venida y a continuación cesaron en Israel el profeta y la visión. En el pasado fueron ungidos David, Salomón y Ezequías, pero Jerusalén y el lugar santo subsistían y los profetas profetizaban, Gad, Asaf, Natán, y tras ellos Isaías, Oseas, Amós y otros. Por otro

98. Dn 9, 24-25.

lado, los que eran ungidos eran llamados hombres santos, pero no Santos de los santos. Pero si ellos presentan como objeción la cautividad y a causa de ella afirman que Jerusalén no existía ya, ¿qué dirán de los profetas? Cuando el pueblo descendió a Babilonia, estaban allí Daniel y Jeremías, y Ezequiel, Ageo y Zacarías profetizaban.

40. Es, pues, pura invención de los judíos el referir al porvenir la época presente. ¿Cuándo cesaron en Israel el profeta y la visión, sino ahora cuando apareció el Santo de los santos, el Cristo? Hay en ello un signo y una marca considerable de la presencia del Verbo de Dios: Jerusalén ya no subsiste, ningún profeta surge ya, ninguna visión les es revelada; y es completamente justo que sea así. En efecto, cuando viene el que es anunciado por los signos, ¿qué necesidad hay ya de signos? Cuando aparece la verdad, ¿qué necesidad hay ya de sombras? Por esto los profetas han hablado hasta que vino la justicia misma y el que redimía los pecados de todos. Por esto Jerusalén ha subsistido durante tan largo tiempo, para que los judíos meditasen en ella las figuras de la verdad. Pero ahora que ha venido el Santo de los santos, es precisamente cuando se ha puesto el sello a la visión y a la profecía y cuando el reino de Jerusalén ha cesado. Los reyes fueron ungidos entre ellos solamente hasta que fuese también ungido el Santo de los santos. Moisés profetizó que el reino de Jersualén duraría hasta su venida, cuando dijo: *El príncipe no se alejará de Judá ni el caudillo de sus lomos, hasta que venga*

quien le está reservado y es la esperanza de las naciones [99]. También el Salvador mismo lo proclamaba, cuando decía: *La ley y los profetas han profetizado hasta Juan* [100]. Así pues, si ahora hay todavía entre los judíos un rey o un profeta o una visión, tienen razón para negar que Cristo haya venido; pero si no hay ya ni rey ni visión, si toda profecía está sellada para siempre, y si la ciudad y el templo han sido destruidos, ¿por qué son tan impíos y tan malvados que no ven lo que ha sucedido y niegan que Cristo ha hecho todo esto? ¿Por qué cuando ven que los gentiles abandonan sus ídolos y que mediante Cristo reponen su esperanza en el Dios de Israel, ellos en cambio niegan a Cristo, nacido según la carne de la raíz de Jessé y que reina desde entonces? Si los gentiles adoraran a otro dios, sin confesar al Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob y de Moisés, los judíos tendrían razón en pretextar que Dios no había venido; pero, puesto que el Dios que adoran los gentiles es el que ha dado la ley a Moisés y la promesa a Abraham y cuyo Verbo los judíos han deshonrado, ¿por qué no lo reconocen o, más bien, por qué rehusan voluntariamente ver que el Señor anunciado por las Escrituras ha brillado sobre la tierra y se ha mostrado corporalmente a ella, como dice la Escritura: *El Señor Dios se nos ha aparecido* [101]; también: *El Señor Dios envió su Verbo*

99. Gn 49, 10.
100. Mt 11, 13.
101. Sal 117 (118), 27.

y los curó[102]; y aún: *No fue un mensajero, ni un ángel, sino el Señor mismo quien los ha salvado*[103]?

Su estado es semejante al de un hombre que, afectado por la locura, viera la tierra iluminada por el sol y negara la existencia del sol que la ilumina. ¿Qué le falta por hacer a aquel a quien esperan? ¿Convocar a los gentiles? Él ya lo ha hecho ¿Hacer cesar al rey, al profeta y a la visión? Esto ya ha sucedido. ¿Denunciar la impiedad de los ídolos? Él ya la ha denunciado y condenado. ¿Reducir a la impotencia a la muerte? Él la ha aniquilado. ¿Qué es lo que no ha sido hecho, que Cristo deba hacer? ¿Qué queda por hacer que no haya sido cumplido, para que ahora los judíos se regocijen y no crean? Pero si, como vemos, no tienen ya ni rey, ni profeta, ni Jerusalén, ni sacrificio, ni visión, sino que toda la tierra está llena del conocimiento de Dios[104] y los gentiles abandonan su impiedad para creer en el Dios de Abraham mediante el Verbo, nuestro Señor Jesucristo, debería ser evidente, incluso para los más impúdicos, que Cristo ha venido, que ha iluminado absolutamente a todos los hombres con su luz y que ha impartido la verdadera y divina enseñanza acerca de su Padre. Así es como se podría refutar justamente a los judíos con estos testimonios y otros más, sacados de las divinas Escrituras.

102. Sal 106 (107), 20.
103. Is 63, 9.
104. Cf. Is 11, 9.

VIII
CONTRA LOS PAGANOS

41. En cuanto a los griegos, uno se asombra verdaderamente al verles reírse de las cosas más respetables, ciegos también ellos en su propia vergüenza, porque no se dan cuenta del culto que dan a ídolos de piedra y de madera. Pero, puesto que no estamos cortos de pruebas en la demostración de nuestra doctrina, ¡ea!, hagámosles avergonzarse con buenas razones, sobre todo por los hechos que nosotros mismos vemos. ¿Qué hay de absurdo, qué hay de ridículo en nuestra posición? ¿Acaso afirmar que el Verbo se ha manifestado en un cuerpo? Pero ellos también reconocen con nosotros que no es un hecho tan absurdo, si quieren ser realmente amigos de la verdad. Si niegan absolutamente que exista un Verbo de Dios, pierden su tiempo en burlarse de lo que no conocen. Pero si, en cambio, reconocen que existe un Verbo de Dios y que es el guía del universo y que en él el Padre ha operado la creación y gracias a su providencia todos los seres reciben la luz, la vida, el ser, pues reina sobre todos los seres, hasta el punto de que por las obras de su providencia se le puede conocer y mediante él a su Padre, mira, por favor, si no se vuelven ridículos sin saberlo.

Los filósofos griegos dicen que el mundo es un gran cuerpo y están en la verdad; vemos, en efecto, que el mundo y sus partes afectan nuestros sentidos. Pues si el Verbo de Dios está en el mundo, que es un cuerpo, y ha entrado en todas y cada una de sus partes, ¿qué hay de absurdo y de extraño en decir que ha entrado también en un hombre? En una palabra, si es absurdo que esté en un cuerpo, lo sería también que hubiese entrado en el universo y que todos los seres reciban de su providencia luz y movimiento, porque el universo también es un cuerpo. Pero, si es conveniente que entre en el mundo y que se haga conocer en todo el universo, debería ser del todo conveniente que apareciera también en un cuerpo humano y que éste fuera iluminado y movido por él. Pues el género humano también es una parte del universo. Y si no conviene que una parte sirva de instrumento para hacer conocer la divinidad, sería también absolutamente absurdo que hiciese conocer por el conjunto el universo.

42. Siendo todo el cuerpo movido e iluminado por el hombre, se juzgaría un insensato a quien considerase un absurdo afirmar que la potencia del hombre está también en el dedo de un pie, porque, admitiendo que penetra y obra en todo el cuerpo, no le permitiría estar en una parte. Del mismo modo, el que admite y cree que el divino Verbo de Dios está en el universo y que el universo está iluminado y movido por él, no juzgará absurdo que por él sea movido e iluminado también un solo cuerpo humano. Pero si, porque el género humano

es creado y ha sido hecho de la nada, por esta razón piensan que no es conveniente para nosotros hablar de la manifestación del Salvador en un hombre, es tiempo que lo excluyan de la creación, porque también ésta ha llegado a existir de la nada mediante el Verbo. Si, en cambio, a pesar de que la creación sea creada, no es absurdo que el Verbo esté en ella, ciertamente no es tampoco absurdo que el Verbo esté en un hombre. Aquello que se puede pensar del todo, lo debemos pensar necesariamente también de la parte. El hombre, como he dicho antes, es una parte del todo. Entonces no es en absoluto absurdo que el Verbo esté en un hombre y que todas las cosas sean movidas e iluminadas por él y en él vivan, como también afirman sus escritores: *En él vivimos, nos movemos y somos* [105]. A fin de cuentas, ¿qué hay de ridículo si el Verbo se sirve del cuerpo en el cual está como instrumento para revelarse? Si no hubiera estado en él, no habría podido ni siquiera utilizarlo como instrumento. Si, en cambio, admitimos que él está en el universo y en cada una de sus partes, ¿por qué debería ser increíble que se manifestase en estas partes en las que está? Si él, que está enteramente con su potencia en cada uno y en todos los seres y que ordena generosamente el universo, quisiera hacerse conocer mediante una parte del todo –si, por ejemplo, ordenando el universo con largueza, quisiera hacerse conocer mediante el sol o la luna o el cielo o la tierra o el agua o el

105. Hch 17, 28.

fuego–, nadie diría que ha obrado absurdamente sirviéndose de esta «voz» para hacerse conocer a sí mismo y a su Padre, porque contiene todas las cosas y está a la vez en todo y en cada parte y se revela invisiblemente. Análogamente, no puede ser absurdo que él, que ordena el universo y da vida a todo y que ha querido hacerse conocer a través de los hombres, se haya servido de un cuerpo humano como instrumento para la revelación de la verdad y el conocimiento del Padre, porque también la humanidad es una parte del todo. Como el intelecto, que está en todo el hombre, se expresa con una parte del cuerpo, quiero decir con la lengua, y nadie, sin duda, dice que la sustancia del intelecto resulte disminuida por ello, así, si el Verbo, que está en todas las cosas, se sirve de un instrumento humano, esto no debe parecer inconveniente. Como he dicho antes, si no se le permite servirse de un cuerpo como de su instrumento, no se le permite tampoco estar en el universo.

43. Si se preguntan por qué no se ha manifestado a través de otras partes de la creación, que son mejores, es decir, por qué no se ha servido de un instrumento mejor, como el sol o la luna o las estrellas o el fuego o el éter, sino sólo de un hombre, que sepan que el Señor no ha venido a mostrarse, sino a curar y a enseñar a los que sufrían. Para mostrarse bastaba aparecer e impresionar a los que le veían, pero para curar y enseñar no bastaba simplemente con venir, era necesario hacerse útil a los que estaban en necesidad y mostrarse de una manera que

pudieran soportar los indigentes, para no turbar a los que tenían necesidad de él con una manifestación superior a las necesidades de la humanidad sufriente y para no hacer inútil la aparición de Dios. Ningún ser de la creación estaba en el error en su idea acerca de Dios, sino únicamente el hombre. Pues ni el sol ni la luna ni el cielo ni los astros ni el agua ni el éter han cambiado su curso, sino que conociendo al Verbo, su creador y su rey, permanecen tal como fueron creados; solamente los hombres, dando la espalda al bien, se han construido ídolos inexistentes en lugar de la verdad y han ofrecido el honor debido a Dios y su conocimiento a demonios y a hombres de piedra.

Como era indigno de la bondad divina ignorar una situación tal, porque los hombres, aunque estuviese presente en el universo y lo guiase, no podían reconocerlo, tomó para sí como instrumento una parte del universo, el cuerpo humano, y vino a él. Así los hombres, que no podían conocerlo en el todo, no lo desconocerían al menos en esta parte y, puesto que no podían levantar los ojos hacia su potencia invisible, podrían al menos conocerlo y contemplarlo a partir de un ser semejante a ellos. Siendo hombre –a través de un cuerpo semejante al suyo y por las obras divinas cumplidas en él– podrán conocer más rápidamente y más de cerca a su Padre, considerando que las obras que ha cumplido no son humanas, sino divinas. Y si fuese absurdo, como ellos piensan, que el Verbo se haga conocer por las obras de su cuerpo, sería también completamente absurdo que pueda ser conocido por las obras del universo.

En efecto, estando en la creación, no participa en absoluto de las criaturas, sino más bien son todos los seres quienes participan de su poder; del mismo modo, sirviéndose del instrumento de su cuerpo, no participa de ninguna de las cualidades corporales, sino más bien santifica él mismo su cuerpo. Platón, que es tan admirado entre los griegos, dice que el que generó el mundo, viéndolo agitado por la tempestad y en peligro de hundirse en el lugar de la desemejanza, se pone al timón del alma y viene en su socorro, reparando todas sus faltas [106]. ¿Qué hay, pues, de extraño para nosotros en decir que, vagando la humanidad a la deriva, ha venido el Verbo a asentarse en ella y ha aparecido como un hombre, para salvarla de la tempestad con su guía y su bondad?

44. Quizá, por su vergüenza, aceptarán todas estas argumentaciones, pero replicarán que si Dios quería instruir y salvar a los hombres, debía hacerlo por un simple movimiento de su voluntad, sin que su Verbo llegase a tocar el cuerpo, como lo había hecho en otra ocasión, cuando todos los seres fueron creados de la nada. A esta objeción se podría justamente responder que, en otro tiempo, cuando nada existía todavía, no era necesario más que un sólo movimiento de la voluntad para crear el universo. Pero cuando el hombre fue creado y la necesidad exigió la curación, no de la nada, sino de los seres que existían ya, era lógico que el médico y Sal-

106. Cf. *Político* 273 a.

vador se aproximase a las criaturas para curar a los seres ya existentes. El hombre existía y es por esto por lo que el Salvador se sirve del cuerpo como de un instrumento humano. Por otro lado, si las cosas no debían ocurrir de este modo, ¿cómo debería haber venido el Verbo, si quería servirse de un instrumento humano? ¿De dónde debía tomarlo, sino de los seres que ya existían y tenían necesidad de la ayuda de la divinidad por un ser semejante a ellos? La nada no tenía necesidad de salvación y bastaba con un simple mandato. Pero el hombre existía ya y estaba entregado a la corrupción y a la ruina; por esta razón el Verbo se sirvió de un instrumento humano y se desplegó en todos los seres.

Además se debe saber que la corrupción no estaba fuera del cuerpo, sino que lo había penetrado; era necesario, pues, obligatoriamente, que en lugar de la corrupción fuera la vida la que se uniera a él; y del mismo modo que la muerte había estado en el cuerpo, la vida estaría también allí. Pues si la muerte hubiera estado fuera del cuerpo, hubiese sido necesario que la vida estuviera también fuera de él. Pero si la muerte se hubiera adherido al cuerpo y, estando unida a él, lo dominara, sería absolutamente necesario que la vida se uniera al cuerpo, para que el cuerpo, revistiéndose a su vez de vida, se desembarazase de la corrupción. De otro modo, si el Verbo hubiera permanecido fuera del cuerpo y no estuviera en él, la muerte habría sido muy naturalmente vencida por él, puesto que la muerte no tiene ningún poder sobre la vida; pero, sin embargo, la corrupción que la acompaña habría permanecido en el cuerpo. Por

esto, el Salvador se ha revestido justamente de un cuerpo, para que este cuerpo, así unido a la vida, no sea ya mortal y no permanezca ya en la muerte, sino que revistiéndose de la inmortalidad y, una vez resucitado, permanezca inmortal. Ya que se había revestido en una ocasión de corrupción, no podría resucitar si no se había revestido de vida. Y además, como la muerte no aparece por sí misma, sino en el cuerpo, el Verbo se ha revestido de un cuerpo, para encontrar la muerte en ese cuerpo y hacerla desaparecer. ¿Cómo, pues, el Señor habría mostrado inequívocamente que es vida, si no hubiera vivificado el cuerpo mortal? La paja, aunque es naturalmente consumida por el fuego, si se aparta del fuego, ya no arde, pero permanece sin embargo totalmente paja y, como tal, temiendo las amenazas del fuego, pues por naturaleza el fuego la consume. Pero si se reviste la paja con mucho amianto, el cual, se dice, es incompatible con el fuego, la paja no teme ya el fuego, teniendo la seguridad que le da este vestido incombustible. Se podría decir lo mismo del cuerpo y de la muerte. Si el Verbo hubiera alejado la muerte por su simple mandato, el cuerpo habría, sin embargo, permanecido mortal y corruptible, según la ley de los cuerpos. Pero, para que no ocurriera así, el cuerpo se ha revestido del Verbo de Dios incorpóreo; así no teme ya ni la muerte ni la corrupción, puesto que se ha revestido de vida y en él la corrupción ha desaparecido.

45. Con mucha razón, en efecto, el Verbo de Dios ha tomado un cuerpo y se sirve de un instru-

mento humano: así vivifica el cuerpo e, igualmente que en la creación se hace conocer mediante sus obras, opera en el hombre y se muestra por todas partes, sin dejar a ningún ser privado de su divinidad y conocimiento. Yo repito lo que ya he dicho más arriba: el Salvador ha actuado así, para, igual que llena todas las cosas en cualquier parte con su presencia, llenar también todos los seres de su conocimiento. Como dice la divina Escritura: *Toda la tierra se llenó del conocimiento del Señor* [107]. Si se desea elevar la mirada al cielo, se verá el orden que ha establecido allí. Si no se puede mirar al cielo y se levanta la vista sobre los hombres, se verá a través de sus obras su poder incomparable sobre los hombres y se reconocerá que entre ellos sólo él es el Verbo de Dios. Si alguien fuera desviado por los demonios y confundido sobre este tema, verá que él los expulsa y reconocerá que es su Señor. Si uno se sumerge en la naturaleza de las aguas y se piensa que ellas son Dios, como hacen los egipcios, que adoran el agua, se verá que el agua es transformada por el Señor y se reconocerá que el Señor es su creador. Si se desciende a los infiernos y se admiran los héroes que allí han descendido y que son venerados como dioses, se verá la resurrección del Señor y su victoria sobre la muerte y se pensará que, incluso entre ellos, el Cristo es el verdadero Señor y Dios. El Señor, en efecto, ha entrado en contacto con todas las partes de la creación, las ha liberado y

107. Is 11, 9.

alejado de todo engaño, como dice Pablo: *Ha despojado a los principados y a las potestades y ha triunfado en la cruz*[108]. De ahí en adelante nadie puede ya ser engañado, sino que por todas partes se puede encontrar el verdadero Verbo de Dios. Así el hombre, encerrado por todas partes y viendo la divinidad del Verbo desplegada por doquier, es decir, en el cielo, en el infierno, en el hombre, sobre la tierra, no se deja ya engañar sobre Dios, sino que a él sólo adora y a través de él conoce perfectamente a su Padre. Verosímilmente, también los griegos serán conmovidos por nosotros con estas razonables consideraciones; pero si ellos piensan que los razonamientos no bastan para confundirles, que crean en nuestras palabras, al menos sobre hechos que son visibles a todos.

46. ¿Cuándo comenzaron los hombres a abandonar el culto de los ídolos, sino después que el verdadero Verbo de Dios viniera entre los hombres? ¿Cuándo han cesado y han resultado vanos los oráculos entre los griegos y también en todas partes, sino cuando el Salvador se ha manifestado a toda la tierra? ¿Cuándo comenzaron a ser reconocidos como simples mortales los llamados dioses y héroes de los poetas, sino cuando el Señor consiguió un trofeo contra la muerte y conservó incorruptible el cuerpo que había tomado, habiéndolo resucitado de entre los muertos? ¿Cuándo fueron

108. Col 2, 15.

despreciados el engaño y la locura de los demonios, sino cuando el Poder de Dios, el Verbo, el Señor de todos y de los propios demonios, por la debilidad de los hombres condescendió a aparecer sobre la tierra? ¿Cuándo se comenzó a aplastar el arte y la enseñanza de la magia, sino cuando se produjo la divina manifestación del Verbo a los hombres? En resumen, ¿cuándo se ha revelado como locura la sabiduría de los griegos, sino cuando la verdadera sabiduría de Dios se ha mostrado sobre la tierra? Antiguamente, toda la tierra habitada y todo lugar estaban confundidos por el culto de los ídolos y los hombres no reconocían como Dios más que a los ídolos; ahora, en cambio, los hombres abandonan el culto supersticioso de ídolos por toda la tierra, se refugian en Cristo y lo adoran como Dios y por él conocen al Padre que ignoraban. Y, cosa admirable, aunque hay infinitos cultos diferentes y cada lugar tiene sus propios ídolos, a los que ellos llaman dioses, sin embargo, no son capaces de pasar a la región limítrofe para persuadir a las gentes de la vecindad a adorarlos, sino que les cuesta hacerse adorar en su propio dominio, pues nadie adoraba al dios del vecino, sino que cada uno mantenía su ídolo propio, considerándolo el Señor de todos; sólo el Cristo es adorado por todos como único y en todo lugar el mismo. Lo que no puede hacer la impotencia de los ídolos, persuadir a las gentes de la vecindad, Cristo lo ha hecho, no solamente entre los pueblos vecinos, sino que persuadió absolutamente a toda la tierra a adorar un único y mismo Señor, y a través de él a Dios su Padre.

47. Antiguamente todos los lugares estaban llenos de los engaños de los oráculos; las respuestas de Delfos, de Dodona, de Beocia, de Licia, de Libia, de Egipto, de los Cabiros y la Pitia se hacían admirar por los hombres en su ilusión; pero ahora, desde que el Cristo se anuncia en todo lugar, también la locura de éstos ha tocado fin y no hay ya en adelante adivinos entre ellos. También antiguamente, los demonios engañaban la imaginación de los hombres, tomando posesión de las fuentes, de los ríos, de la madera o de la piedra; y sus sortilegios asombraban a los simples; en cambio ahora que se ha producido la divina manifestación del Verbo, estas engañosas manifestaciones han cesado. Pues con el simple uso del signo de la cruz [109], el hombre aleja de sí estos engaños. Antiguamente, los hombres tomaban por dioses a aquellos de los que hablan los poetas, Zeus, Cronos, Apolo y los héroes, y en su error los adoraban; en cambio ahora que el Salvador ha aparecido entre los hombres, su calidad de hombres mortales ha sido puesta al desnudo y solamente Cristo ha sido reconocido entre los hombres como Dios, el divino Verbo del verdadero Dios. ¿Qué decir de la magia que era tan admirada por ellos? Antes de la venida del Verbo estaba llena de poder y activa entre los egipcios, los caldeos y los indios y llenaba de admiración a los espectadores; pero con la venida de la verdad y con la manifesta-

109. Atanasio recuerda con frecuencia la importancia del signo de la cruz para expulsar a los demonios. Cf. los números 28, 48 y 50 de esta obra y *Vida de Antonio*, 78.

ción del Verbo, también ella ha sido desenmascarada y reducida absolutamente a la nada.

En cuanto a la sabiduría helénica y a la grandilocuencia de los filósofos, nadie, pienso, tiene necesidad de que hagamos un largo discurso sobre este punto, puesto que todos pueden ver esta maravilla: mientras que los sabios de Grecia han escrito tantas obras y no han conseguido persuadir ni siquiera a algunos de sus vecinos para abrazar sus doctrinas sobre la inmortalidad y sobre la vida virtuosa, Cristo solo, con palabras simples y por medio de hombres que no eran hábiles en el hablar, ha persuadido en toda la tierra a numerosas asambleas de hombres a despreciar la muerte y a pensar en la inmortalidad, a rechazar los bienes temporales y a elevar la vista hacia los bienes eternos, a no dar ninguna importancia a la gloria de la tierra y a no pretender conseguir más que la inmortalidad.

48. Estos discursos nuestros no son simples palabras, sino que obtienen la prueba de su verdad de la experiencia misma. Quien quiera puede aproximarse y considerar los signos de la virtud en las vírgenes de Cristo y en los jóvenes que se mantienen puros y castos; y verá también la fe en la inmortalidad en el coro inmenso de sus mártires. Que venga quien quiera hacer la comprobación de lo que hemos dicho y que en medio de la apariencia de los demonios, de los engaños de los oráculos, de los prodigios de la magia, que haga uso de este signo que está tan ridiculizado entre ellos, el signo de la cruz, y que pronuncie solamente el

nombre de Cristo[110] y verá cómo los demonios huyen, los oráculos se callan, toda la magia y los sortilegios se reducen a la nada. ¿Quién, pues, y cuán grande es este Cristo, cuyo nombre y presencia oscurecen y reducen a la impotencia en todo lugar a todos los seres, que él solo es más fuerte que todos y llena el mundo entero de su enseñanza? Que lo digan estos griegos que se ríen impúdicamente. Si es un hombre, ¿cómo un solo hombre ha podido superar el poder de todos sus dioses y con el suyo propio demostrar que no eran nada? Si dicen que es un mago, ¿cómo es posible que un mago reduzca a la impotencia toda la magia, en lugar de consolidarla? Si hubiera vencido a algunos magos que no son más que hombres o si no hubiera triunfado más que sobre uno solo de entre ellos, se habría podido pensar con razón que dominaba sobre ellos por un arte superior; pero si su cruz ha conseguido la victoria sobre toda la magia junta e incluso sobre su propio nombre, debería ser evidente que el Salvador no es un mago, él a quien los demonios que invocan los otros magos rehúyen como si fuera su Señor.

¿Quién es pues? Que lo digan estos griegos que no piensan más que en burlarse. Quizá podrían decir que ha sido un demonio y que por esto tiene su fuerza. Pero, diciendo esto, conseguirán ser objeto de burla y podríamos confundirlos con nuestras demostraciones precedentes. ¿Cómo es posible que

110. Cf. Mc 16, 17.

sea un demonio el que aleja a los demonios? Pues si simplemente hubiera alejado a algunos demonios, quizá se podría pensar que era gracias al príncipe de los demonios por quien prevalecía sobre los demonios inferiores, como le decían los judíos cuando querían ultrajarle [111]. Pero si su nombre aleja y pone en fuga a toda la locura de los demonios, evidentemente también en esto se engañan y Cristo, nuestro Señor y Salvador, no es, como ellos piensan, una potencia demoníaca. Así pues, si el Salvador no es simplemente un hombre, ni un mago, ni un demonio, pero su divinidad ha aniquilado y oscurecido las invenciones de los poetas, las falsas apariencias de los demonios, la sabiduría de los griegos, es evidente, y todos lo reconocerán, que es verdaderamente el Hijo de Dios [112], Verbo, Sabiduría y Potencia del Padre. Por esta razón, sus obras no son humanas, sino sobrehumanas, y se reconoce que son verdaderamente de Dios, bien a partir de los hechos mismos, bien por comparación con las obras de los hombres.

49. ¿Cuándo ha existido nunca un hombre que se haya formado un cuerpo nacido de una virgen solamente? ¿Cuándo nunca un hombre ha curado tan grandes enfermedades como las que ha curado el común Señor de todos? ¿Quién restituyó lo que faltaba a la naturaleza e hizo que adquiriera la vista un

111. Cf. Mt 9, 34; 12, 24; Mc 3, 22; Lc 11, 15; Jn 8, 48-52.
112. Cf. 1 Co 1, 24; Jn 1, 1.

ciego de nacimiento? Esculapio fue divinizado por los paganos por haber enseñado la medicina y haber descubierto plantas para curar las enfermedades de los cuerpos, sin que las haya producido él mismo de la tierra, sino que las ha encontrado gracias a la ciencia que tenía por naturaleza. ¿Qué hay que decir de lo que ha hecho el Salvador, que no ha curado solamente las heridas, sino que ha dado la existencia y restituido el cuerpo humano en su integridad? Heracles es adorado como un dios por los griegos, por haber combatido a hombres semejantes a él y por haber hecho perecer a monstruos con engaño. ¿Qué decir de lo que ha hecho el Verbo, que ha alejado del cuerpo de los hombres las enfermedades, los demonios y la muerte misma? Dioniso es honrado por ellos por haber enseñado a los hombres la embriaguez. Quien es verdaderamente el Salvador y el Señor del universo, por haber enseñado la templanza, es objeto de sus burlas. Pero ya es bastante sobre este tema. ¿Qué decir de los otros milagros de su divinidad? ¿En la muerte de qué hombre el sol se oscureció y la tierra tembló? He aquí que los hombres mueren todavía ahora y morían también en el pasado; ¿cuándo se ha producido para ellos una maravilla así? O bien, para callar las obras cumplidas con su cuerpo y para recordar las que ha hecho después de la resurrección de su cuerpo, ¿qué hombre de entre los que han existido ha visto nunca que su doctrina domine de un confín a otro de la tierra y que permanezca siempre una e idéntica, hasta el punto de que su culto se extienda por toda la tierra? Y, ¿por qué si, como ellos piensan, Cristo es un

hombre y no el Dios Verbo, sus dioses no impiden que su culto se extienda a las regiones que ellos habitan, mientras que, al contrario, el Verbo, viniendo entre nosotros, pone fin con su doctrina a su culto y confunde sus vanas apariencias?

50. Antes de él, han existido muchos reyes y tiranos sobre la tierra; los historiadores cuentan que ha habido muchos sabios y magos entre los caldeos, los egipcios y los indios. ¿Quién nunca entre ellos ha sido capaz, no digo tras su muerte, sino incluso en su vida, de tener tanto poder como para llenar con su enseñanza la tierra entera y alejar de la superstición idolátrica a una multitud tan grande, como ha arrastrado nuestro Salvador hacia sí desde la idolatría? Los filósofos griegos han escrito muchos libros compuestos con capacidad de persuasión y arte literaria; ¿han sido ellos tan convincentes como la cruz de Cristo? Hasta su muerte sus sofismas han mantenido su fuerza de persuasión; pero, incluso durante su vida, la doctrina que tenían como segura suscitó entre ellos luchas y sus discusiones acabaron en querellas. En cambio, el Verbo de Dios, cosa extraña, enseñando con palabras muy simples, oscureció a los más hábiles sofistas, y redujo a la nada sus doctrinas, arrastró a todos hacia sí y llenó sus iglesias. Y lo que es más admirable, rebajándose a la muerte como un hombre, redujo a la nada la grandilocuencia de los sabios sobre los ídolos. Pues, ¿quién ha alejado nunca con su muerte a los demonios? ¿La muerte de quién asustó a los demonios, como la de Cristo? Cuando se pronuncia el nombre

del Salvador[113], todo demonio huye inmediatamente. ¿Quién liberó a los hombres de las pasiones del alma, hasta el punto de hacer castos a los impúdicos, de hacer que los homicidas no empuñen ya su arma, de hacer que los tímidos sean animosos? En una palabra, ¿quién ha persuadido a los bárbaros y a los hombres que habitan los países de los gentiles a abandonar su locura y a cultivar pensamientos de paz, sino la fe de Cristo y el signo de la cruz? ¿Qué otro ha dado a los hombres la seguridad de la inmortalidad, como la cruz de Cristo y la resurrección de su cuerpo? A pesar de todas sus mentiras, los griegos no han sido capaces de imaginar la resurrección de sus ídolos, no pudiendo concebir en absoluto que fuera posible que existiera de nuevo el cuerpo tras la muerte. En esto, por otra parte, podría muy bien aprobárseles, puesto que estas consideraciones denuncian la debilidad de su idolatría y dan a Cristo la posibilidad de hacerse conocer por todos, debido a esto, como el hijo de Dios.

51. ¿Qué hombre tras su muerte, o incluso durante su vida, ha enseñado sobre la virginidad y ha pensado que esta virtud no era imposible a los hombres? Sin embargo, la enseñanza sobre este tema de nuestro Salvador y Rey universal, Cristo, ha sido tan eficaz que niños que no habían alcanzado todavía la edad legal, profesan una virginidad superior a la marcada por la ley. ¿Qué hombre ha po-

113. Cf. Mc 16, 17.

dido nunca recorrer tales distancias para llegar al país de los escitas, los etíopes, los persas, los armenios, los godos, al país de los que habitan, se dice, más allá del Océano o a Hircania, o incluso al país de los egipcios y los caldeos, pueblos que practican la magia, supersticiosos fuera de medida, de costumbres salvajes, para predicarles la virtud, la continencia y el abandono del culto de los ídolos, como lo ha hecho el Señor de todos, el Poder de Dios, nuestro Señor Jesucristo, que no solamente les ha predicado mediante sus discípulos, sino que les ha persuadido en su alma a abandonar la brutalidad de sus costumbres, a no honrar a los dioses patrios, sino a reconocerle a él y a través de él honrar a su Padre? En otro tiempo, cuando eran idólatras, los griegos y los bárbaros se hacían recíprocamente la guerra y estaban llenos de crueldad contra los de su propia estirpe; era imposible atravesar la tierra o el mar sin armarse de espada, a causa de las luchas irreconciliables que existían entre ellos; pasaban toda su vida entre las armas, usaban la espada como bastón [114] y era su único sostén y apoyo [115]. Y verdaderamente, como ya he dicho, servían a los ídolos y ofrecían sacrificios a los demonios, pero esta idolatría supersticiosa no servía de nada para reformar sus hábitos. En cambio, cuando se convirtieron a la doctrina de Cristo, entonces, milagrosamente, como si hubieran sido realmente tocados en el fondo de

114. Cf. Sal 22 (23), 4.
115. Cf. Pr 14, 26.

su corazón [116], abandonaron la crueldad de los asesinatos y no pensaron ya en la guerra, sino que, desde entonces, todo entre ellos es pacífico y no tienen otro deseo que la amistad.

52. ¿Quién es, pues, el que ha hecho esto, quién ha aproximado en la paz a pueblos que se odiaban entre sí, sino el Hijo bien amado del Padre, el Salvador común de todos, Jesucristo, que por su amor ha soportado todo para nuestra salvación? Desde hace largo tiempo, en efecto, la Escritura había profetizado que él nos procuraría la paz, cuando decía: *Forjarán sus espaldas para hacer de ellas carretas y sus lanzas para hacer de ellas hoces; un pueblo no tomará ya la espada contra otro pueblo y no aprenderán ya a combatir* [117]. Y no es en absoluto increíble, desde el momento en que todavía los bárbaros, que tienen por naturaleza costumbres salvajes y que aún sacrifican a sus ídolos, se enfurecen los unos contra los otros y no son capaces de permanecer un momento sin armas, mientras que, cuando oyen la enseñanza de Cristo, abandonan inmediatamente la guerra para volver a la agricultura y en lugar de armar sus manos con la espada, las extienden para la oración. En resumen, en lugar de hacerse la guerra entre ellos, se arman contra el diablo y los demonios, para combatirlos con la templanza y la virtud del alma. He aquí una prueba de la divinidad del

116. Cf. Hch 2, 37.
117. Is 2, 4.

Salvador: lo que los hombres no han podido aprender de los ídolos, lo han aprendido de él, y esto es una prueba no pequeña de la debilidad y de la nulidad de los demonios y de los ídolos. Conociendo, en efecto, su propia debilidad, los demonios excitaban en otro tiempo a los hombres a combatir entre sí, no fueran, cesando de combatir unos contra otros, a volverse contra ellos. Ciertamente los discípulos de Cristo, no combatiendo ya entre sí, se oponen a los demonios con sus costumbres y sus acciones virtuosas, los ponen en fuga y se burlan de su guía, el diablo; en la juventud guardan templanza; en las pruebas, paciencia; en los sufrimientos, fortaleza; soportan los ultrajes; no temen las expoliaciones y, cosa admirable, desprecian la muerte y se hacen mártires de Cristo.

53. Y para decir todavía una cosa, que es una prueba más asombrosa de la divinidad del Salvador, ¿ha habido nunca un hombre, un mago o un tirano o un rey capaz de empeñarse en una empresa tan grande, de librar batalla contra toda la idolatría y contra todo el ejército de los demonios, contra toda la magia, contra toda la sabiduría de los griegos, que eran tan poderosos, que estaban aún en toda su fuerza y asombraban a todos los hombres, capaz, digo, de oponerse a todos, con un solo movimiento, como lo ha hecho nuestro Señor, el verdadero Verbo de Dios? Él, refutando invisiblemente el error de cada uno, solo contra todos, despoja a todos sus adversarios, de suerte que los que adoraban a los ídolos, ahora los aplastan a sus pies; los

que se dejaban encantar por los magos ahora queman sus libros [118], los sabios prefieren a todo la interpretación del Evangelio. Abandonan los dioses que adoraban y adoran y reconocen como Dios a aquel de quien se burlaban, el Cristo crucificado. Los que eran considerados por ellos como dioses, son alejados con el signo de la cruz, mientras que el Salvador crucificado es proclamado por toda la tierra Dios e Hijo de Dios. Los propios griegos rechazan como vituperables a los dioses que adoraban, mientras que los que reciben la enseñanza de Cristo llevan una vida más pura que la suya.

Si éstas y otras tales son obras humanas, que quien quiera nos muestre y nos pruebe qué hechos parecidos han ocurrido entre sus predecesores. En cambio, si estos hechos no parecen ser del hombre, sino que son, en efecto, obras de Dios, ¿por qué los infieles son tan impíos que no reconocen como Señor a quien las ha realizado? Están en la misma situación que los que no reconocen al Dios creador en las obras de su creación. De hecho, si hubieran reconocido su divinidad a partir de su poder sobre todas las criaturas, habrían reconocido también que las obras cumplidas por Cristo mediante su cuerpo, no son obras humanas, sino del Salvador de todos, el Verbo de Dios. Y *si lo hubieran reconocido* –como dice Pablo– *no habrían crucificado al Señor de la gloria* [119].

118. Cf. Hch 19, 19.
119. 1 Co 2, 8.

54. Como el que quiere ver a Dios, que es invisible por naturaleza y no puede en absoluto ser visto, lo conoce y lo comprende a partir de sus obras, así aquel cuyo espíritu no ve a Cristo, que lo conozca a partir de las obras de su cuerpo y que examine si son humanas o de Dios. Si son de un hombre, que se burle de ellas; pero si reconoce que son de Dios, que no ría de aquello de lo que no hay que burlarse, sino que, antes bien, considere con admiración que los misterios divinos se hayan manifestado a nosotros mediante una realidad tan simple y que por la muerte la inmortalidad se haya extendido a todos y que la encarnación del Verbo nos haya hecho conocer la providencia universal y el Verbo mismo de Dios, que es su guía y creador. En efecto, se hace hombre para que lleguemos a ser Dios; se ha hecho visible en su cuerpo, para que nos hagamos una idea del Padre invisible; ha soportado los ultrajes de los hombres, a fin de que heredemos la incorruptibilidad. Ciertamente no sufría ningún daño por ello, siendo impasible e incorruptible, siendo el Verbo mismo de Dios, pero en su impasibilidad protegía y salvaba a los hombres sufrientes por quienes soportaba todo esto. En una palabra, las gloriosas acciones del Salvador cumplidas en su encarnación, son de tal género y tan grandes que el que quisiera contarlas se asemejaría a los que contemplan la extensión del mar y quieren contar sus olas. De la misma manera que no se puede abarcar con la mirada el conjunto de las olas, pues a medida que llegan, sobrepasan las sensaciones del que trate de contarlas, del mismo modo el que quisiera abarcar todas las

gloriosas acciones de Cristo en su cuerpo, no podría ni siquiera captarlas todas en su mente, porque son más las que superan su inteligencia que las que piensa que ha captado. Es mejor, pues, no querer ver todas sus gestas ni hablar de aquello de lo que no se puede ni siquiera expresar una parte, sino recordar un solo punto y dejarte admirar el conjunto. De hecho, todas son igualmente admirables, y a cualquier parte a donde se dirijan los ojos, uno se queda atónito viendo la divinidad del Verbo.

55. Por tanto, después de lo que hemos dicho más arriba, es justo que aprendas y consideres esto como fundamento de lo que no se ha dicho. Considera con admiración cómo, a la aparición del Salvador, la idolatría no se ha desarrollado ya y la que existía disminuye y cesa poco a poco. La sabiduría de los griegos no ha hecho ya progresos y la que permanece tiende a desaparecer; los demonios no confunden ya a los hombres con sus falsas apariencias, con los oráculos y la magia, sino que apenas intentan emprender alguna acción, son confundidos con el signo de la cruz. Y para decir todo en una palabra, observa cómo la doctrina del Salvador se expande por todas partes, mientras que toda la idolatría y todas las potencias que se oponen a la fe de Cristo disminuyen cada día, pierden su fuerza y caen. Contemplando esto, adora al Salvador, *que está por encima de todo*[120] y al poderoso Dios Verbo y condena a las potencias que él hace

120. Rm 9, 5.

disminuir y desaparecer. Del mismo modo que cuando el sol aparece las tinieblas no tienen ya fuerza, y si permanecen en algún lugar, él las aleja, así también, cuando se produce la divina manifestación del Dios Verbo, las tinieblas de la idolatría no tienen ya fuerza y todas las partes del universo son iluminadas en cada lugar con su enseñanza. Cuando un rey no se hace ver en parte alguna, sino que permanece en el interior de su palacio, a menudo ciudadanos sediciosos, aprovechando su ausencia, se proclaman reyes y, bajo este disfraz real, engañan a los simples, como si fueran verdaderos reyes; así los ciudadanos se dejan engañar por este nombre, porque oyen que hay un rey, pero no lo ven, porque ni siquiera pueden entrar en su palacio; pero cuando el verdadero rey aparece y se hace ver, su presencia confunde la mentira de estos sediciosos, y los demás hombres, viendo al verdadero rey, abandonan a los que les habían engañado. Del mismo modo, los demonios y los hombres engañaban hace largo tiempo y se atribuían los honores divinos, pero cuando el Verbo de Dios apareció en un cuerpo y nos hizo conocer a su Padre, desde entonces la ilusión de los demonios desaparece y cesa, y los hombres, dirigiendo la vista al verdadero Dios, Verbo del Padre, abandonan los ídolos y en adelante reconocen al verdadero Dios. Esto es una prueba de que Cristo es el Dios Verbo y el Poder de Dios. Desde el momento en que las potencias humanas cesan, mientras la palabra de Cristo permanece, es claro para todos que lo que cesa es cosa pasajera, mientras que lo que permanece es Dios y verdadero unigénito Hijo de Dios.

CONCLUSIÓN: EXHORTACIÓN AL ESTUDIO DE LA ESCRITURA Y A LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES

56. He aquí pues lo que te expongo brevemente en estas consideraciones, amigo de Cristo, para una exposición elemental y una delimitación de la fe de Cristo y de su divina aparición entre nosotros. Pero si aprovechas la oportunidad que te ofrecen y te lanzas al estudio de las Escrituras, para aplicar verdaderamente allí tu inteligencia, conocerás por ellas más completa y más claramente la exactitud de lo que hemos dicho. Estos textos, en realidad, han sido pronunciados y escritos por Dios mediante hombres que nos hablan de él; y nosotros, después de haberlos recibido de estos maestros divinamente inspirados [121], que han sido también los testigos de la divinidad de Cristo, los transmitimos a tu deseo de sabiduría. Tú conocerás así su segunda manifestación a nosotros, que será gloriosa y verdaderamente divina, cuando venga no ya con humildad, sino en la gloria que le es propia; no ya con simplicidad, sino con la grandeza que le pertenece; cuando

121. Atanasio subraya el carácter tradicional de su enseñanza próxima a los maestros de la escuela de Alejandría.

venga, no ya para sufrir, sino para dar a todos el fruto de su cruz, quiero decir la resurrección y la incorruptibilidad; cuando no sea ya juzgado, sino que juzgará a todos los hombres en las acciones que cada uno de nosotros haya realizado en su cuerpo, sean buenas o malas; a continuación de lo cual el reino de los cielos será reservado a los buenos, mientras para los que han realizado malas acciones, el fuego eterno y las tinieblas exteriores. En efecto, el Señor mismo dice así: *Yo os lo digo: de ahora en adelante veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del poder y venir sobre las nubes del cielo, en la gloria del Padre* [122]. Por esto es saludable el dicho que nos prepara ese día y que nos dice: *Estad prestos y velad, pues vendrá a la hora que no sabéis* [123]. Según dice el bienaventurado Pablo: *Todos nosotros debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que ha cumplido en su cuerpo, el bien o el mal* [124].

57. Pero además del estudio y del conocimiento verdadero de las Escrituras, es necesaria una vida recta, un alma pura y la virtud según Cristo, para que la inteligencia, avanzando por el camino de la virtud, pueda alcanzar y comprender lo que desea, en la medida en que la naturaleza humana puede comprender al Verbo de Dios. Sin una inteligencia pura y la imitación de la vida de los santos, no se

122. Mt 26, 64.
123. Mt 24, 42.44.
124. 2 Co 5, 10.

pueden comprender las palabras de los santos. Como quien quiere ver la luz del sol, debe necesariamente siempre limpiar y clarificar su ojo, purificándolo para hacerlo semejante al objeto de su deseo, a fin de que su ojo, habiéndose convertido en luz, pueda ver la luz del sol; o como el que quiere ver una ciudad o una región, debe necesariamente acercarse a aquel lugar para verla, así el que quiere comprender el pensamiento de los teólogos, debe purificar y lavar su alma con su manera de vivir y acercarse a los mismos santos con la imitación de sus acciones, a fin de que, unido a ellos por la conducta de su vida, comprenda lo que ha sido revelado por Dios y, unido a ellos, evite el peligro que amenaza a los pecadores y el fuego que les espera el día del juicio y reciba los bienes reservados a los santos en el reino de los cielos, bienes que *el ojo no vio, el oído no oyó, no han entrado en el corazón del hombre, pero han sido preparados* [125] para los que viven virtuosamente y aman a su Dios y Padre, en Cristo Jesús nuestro Señor, por medio del cual y con el cual, para el Padre, con el Hijo, en el Espíritu Santo, sea el honor, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

125. 1 Co 2, 9.

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis

1, 1: 43.
2, 16-17: 45.
49, 10: 114.

Números

24, 5-7: 102.
24, 17: 102.

Deuteronomio

21, 23: 86.
28, 66: 104, 108.

2 Reyes

12, 1: 106.
22, 1: 106.

Salmos

15 (16), 10: 81.
21 (22), 17-19: 104.
22 (23), 4: 135.
23 (24), 7: 87.
81 (82), 6-7: 47.
88 (89), 6: 44.
90 (91), 13: 95.
106 (107), 20: 115.
117 (118), 27: 114.

Proverbios

14, 26: 135.

Sabiduría

2, 23-24: 48.
6, 18: 47.

Isaías

2, 4: 136.
7, 14: 101.
8, 4: 102, 106.
11, 9: 115, 125.
11, 10: 105.
19, 1: 102.
35, 3-6: 110.
53, 3-5: 103.
53, 6-8: 103.
53, 8: 108.
53, 8-10: 104.
53, 9: 72.
63, 9: 115.
65, 1-2: 110.

Jeremías

11, 19: 104.

Daniel

9, 24-25: 112.

Oseas

11, 1: 102.

Zacarías

14, 5: 44.

Mateo
1, 23: 101.
2, 15: 102.
8, 28: 99.
9, 34: 131.
11, 13: 114.
12, 24: 131.
14, 1-12: 85.
19, 4-6: 43.
19, 26: 38.
21 33-41: 63.
24 42.44: 144.
26, 64: 144.
27, 45-51: 75.

Marcos
3, 22: 131.
5 7: 75, 99.
6, 14-29: 85.
16, 17: 130, 134.

Lucas
4, 34: 99.
10, 18: 87.
11, 15: 131.
15, 3-6: 65.
19, 10: 65, 68.

Juan
1, 1: 131.
1, 3: 43.
3, 5: 65.
8, 48-52: 131.
9, 32-33: 111.
10, 37-38: 73.
12, 32: 86.
19, 24: 104.
19, 33: 85.

Hechos de los apóstoles
2, 24: 91.
2, 31: 81.
2, 37: 136.
8, 32-33: 103.
13, 35: 81.
17, 27: 53.
17, 28: 37, 119.
19, 19: 138.
26, 26: 82.

Romanos
1, 20: 99.
1, 25: 60.
1, 26-27: 49.
6, 8: 54.
9, 5: 140.
10, 21-22: 110.
15, 12: 105.

1 Corintios
1 17-25: 38.
1, 21: 67.
1, 22: 37.
1, 24: 75, 131.
2, 8: 138.
2, 9: 145.
15, 20: 78, 100.
15, 21-22: 58.
15, 53-55: 79.
15, 55: 92.

2 Corintios
5, 10: 144.
5, 14-15: 57.

Gálatas
3, 13: 86.

Efesios
2, 2: 87.
2, 14: 86.
3, 17-19: 69.

Colosenses
2, 15: 126.

1 Tesalonicenses
3, 13: 44.

2 Tesalonicenses
1, 10: 44.

1 Timoteo
6, 15: 58.

Tito
1, 3: 58.

Hebreos
2, 9: 57.
2, 10: 57.
2, 14-15: 58, 79.
4, 12: 97.
10, 20: 87.
11, 3: 43.
11, 35: 79.
11, 37: 85.
12, 12: 110.

1 Pedro
2, 22: 72.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Aarón: 105, 107.
Abel: 105.
Abraham: 105, 106, 107, 114, 115.
Ajaz: 105.
Adán: 58, 105.
Ageo: 113.
Alejandría (escuela teológica): 7, 57, 143.
Alejandro: 6, 7, 9, 10, 12, 15, 24.
Amelec: 107.
Amón (padre de Josías): 105.
Amós: (profeta): 105, 112.
amorreos: 107.
Amram: 105.
ángeles: 44, 57, 64.
Anpología contra los arrianos (de Atanasio): 25.
Apolo: 128.
Apología a Constancio (de Atanasio): 20, 25.
Apología por su huida (de Atanasio): 20, 25.
arriana (herejía): 6, 12.
Arrio: 7, 8, 9, 10, 12 14, 15, 16.
armenios: 135.
Aarón: 105, 107.
Asaf: 112.
Ascensión de Isaías (escrito judaico): 85.
asirios: 102, 106.

Babilonia: 113.
babilonios: 106.
bárbaros: 96, 134, 135, 136.
Basilio de Ancira: 21
Bellini E.: 28, 29.
Beocia: 128.
Buzí: 105.

Cabiros: 128
caldeos: 128, 133, 135.
Carta a Epicteto (de Atanasio): 54.
Carta a los monjes (de Atanasio): 20.
Cartas festales (de Atanasio): 28, 43.
Concilio: de Antioquía: 16; de Calcedonia: 11; de Constantinopla: 11; de Éfeso: 11; de Nicea: 6, 10; de Tiro, 14; de Sárdica, 18.
Contra los paganos (de Atanasio): 44, 46, 56, 60.
Constantino: 6, 9, 14, 15.
Constancio: 15, 16, 17, 18, 19, 20.
cruz: *passim;* y victoria sobre la muerte: cf. muerte; su degradación: 38; su ignominia: 84, 85; su conveniencia: 89; su deshonor:

92; asegura la inmortalidad y la resurrección: 134.
Cronos: 128.

Daniel: 112, 113.
David: 105, 106, 107, 109, 112.
Delfos: 128.
demonios: culto y sacrificio a los: 60, 96, 121, 135; engañan: 50, 62, 65, 127, 128; expulsados por el Señor: 83, 87, 99, 125; rehúyen al Salvador: 130.
Denzinger H.: 11, 13, 17.
diablo (el): por su envidia entró la muerte en el mundo: 48; tiene poder sobre la muerte: 58, 79; abatido por el Señor: 87.
Dionisio: 132.
Dios: *passim*; creador y ordenador del universo: 41, 77, 128; bueno y fuente de bondad: 44; creó de la nada todos los seres mediante su propio Verbo: 44; padre de la verdad: 50; su dominio sobre el universo: 59, 66; conocido a través de las obras de la creación: 61, 65, 66, 73, 121; omnisciente: 69.
docetismo: 54.
Dodona: 128.
Dominicus J.: 17.

egipcios: 106, 107, 109, 125, 128, 133, 135.
Egipto: 102, 107, 128.
Elcana: 105.
Elías: 111.
Eliseo: 111.
Encarnación del Verbo, La (de Atanasio): fecha de composición: 27-29; contenido: 29-32; texto: 33-34.
Enoc: 105.
epicúreos: 43; cf. universo.
escitas: 135.
Esculapio: 132.
etíopes: 135.
Eusebio de Cesarea: 10, 12, 28.
Eusebio de Nicomedia: 13, 14, 15.
Eustacio de Sebaste: 21.
Eustaquio de Antioquía: 13.
Ezequías: 105, 107, 112.
Ezequiel: 105, 108, 113.

fariseos: 83
Feder A.: 16.

Gad: 112.
García M. Colombas: 20.
gentiles: 37, 86, 114, 115, 134.
godos: 135.
gracia: 37, 44, 47, 55, 57, 60, 79, 100.
Gregorio de Capadocia: 16.
griegos: 37, 41, 96, 101, 117, 118, 122, 126, 127, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 137, 138, 140.
Guitton J.: 5.

Helcías: 105.
Hertling L.: 21.
Heracles: 132.
Historia de los Arrianos (de Atanasio): 20, 25.
hombre: *passim*; hecho a imagen de Dios: 49, 59, 63, 77;

por su naturaleza teme a la muerte: 92; en virtud de Cristo supera el temor de la misma: 92.

ídolos: 37, 38, 60, 62, 65, 76, 96, 97, 98, 102, 106, 109, 114, 115, 117, 121, 126, 127, 133, 134, 135, 136, 137, 141.
indios: 92, 128, 133.
Isaac: 105, 107. 114.
Isaías: 85, 102, 105, 107, 112.
Israel: 102, 106, 107, 111, 112, 113.

Jared: 105.
Jeremías: 105, 108, 113.
Jericó: 107.
Jerusalén: 106, 112, 113, 115.
Jessé: 105, 114.
Jacob: 102, 105, 107, 114.
Juan Bautista: 85.
Joás: 106.
Josías: 105, 106.
Josué hijo de Nun: 107,
Joviniano: 22, 23.
Judá (reino de): 106, 113.
Judea: 109, 111.
judíos: 37, 42, 62, 65, 73, 81, 101, 103, 104, 106, 109, 110, 111, 113, 114, 115, 131.
Juliano: 20, 22, 23.
Julio I (papa): 15, 16, 18.
Lamec: 105.
Liberio: 17.
Libia: 128.
Licia: 120.

magos: cf. persas.
mal: *passim*; inventado por los hombres: 46-48.
Marcelo de Ancira: 16, 17, 18.
María (virgen): 54, 72, 74, 78, 101, 108.
mártires: 93, 129, 136.
melcianos: 13.
Mesopotamia: 15.
Moab: 102, 107.
muerte: *passim*; causada por los hombres: 45, 44; necesaria en todos para pagar la deuda de todos: 77; victoria sobre la: 75, 79-82, 84, 85, 89, 91-94, 100, 101, 125; reducida por el Salvador a la impotencia: 94, 95, 114; para cancelarla el Salvador se revistió de un cuerpo: 124; cf. diablo.
Moisés: 43, 101, 105, 107, 109, 114.

Natán: 112.
Naman el leproso: 111.
Noé: 105.

oráculos: engaño de los: 128, 129; lugar de los: 128.
Ortiz de Urbina I.: 12.
Oseas: 112.
Osio de Córdoba: 9, 10, 16, 17.

Pastor, El (de Hermas): 43.
persas (magos): 109, 135.
Pitia: 128.
Platón: 41.
providencia divina: 37, 41, 61, 66, 71, 75, 89, 117, 118, 139.

Quasten J.: 21, 27, 28, 29.

remisión de los pecados: 64.
Rops D.: 7.

Salomón: 105, 106, 112.
Samuel: 105.
Satán: 87.
Saúl: 107.
Schwartz E.: 27.
Senaquerib: 107.
Silvestre (papa): 10.

Teraj: 107.
Tréveris: 14.
Turner C. H.: 17.

universo: su existencia espontánea (epicureos): 41; su existencia causada: 41; recreado por el Verbo: 51; ordenado por el Verbo: 41, 43; cf. Dios.
ungido (por el Señor): 112, 113.

Valente: 23.
Valentiniano: 23.
Verbo de Dios: *passim*; y la recreación del universo: 51; su presencia en la creación: 53, 72, 89, 119, 120; curación de las enfermedades por medio del: 74; conveniencia de la resurrección de su cuerpo después de tres días: 89, 90; quien no cree en la resurrección de su cuerpo no conoce su potencia: 98; cf. cruz.
Vida de Antonio (de Atanasio): 6, 44, 128.
virginidad: 134.

Yaben H.: 9.

Zacarías: 113.
Zeus: 128.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 5

I. VIDA Y ÉPOCA DE ATANASIO 5

II. OBRA LITERARIA 23
1. Escritos apologéticos y dogmáticos 24
2. Escritos histórico-polémicos 25
3. Escritos exegéticos 25
4. Escritos ascéticos 26
5. Cartas 26

III. *LA ENCARNACIÓN DEL VERBO* 27
1. Fecha de composición 27
2. Contenido 29
3. Texto 33

Atanasio
LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

Introducción: unidad de la obra de Dios 37
I. Antecedentes de la encarnación: creación y caída del hombre 41
II. La victoria sobre la muerte 53
III. La restauración de la semejanza a la imagen de Dios 59
IV. La revelación de la divinidad del Verbo mediante los milagros 71

V. La redención mediante la muerte 77
VI. La resurrección de Cristo y el don de la incorruptibilidad 89
VII. Contra los judíos 101
VIII. Contra los paganos 117
Conclusión: exhortación al estudio de la Escritura y a la práctica de las virtudes 143

ÍNDICE BÍBLICO 147
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS 151

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.
Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente socio-cultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.
De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.
La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.